

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

prohibido asesinar en domingo

adam surray



Para Frank Gifford, un idílico fin de semana campestre se acaba convirtiendo en una pesadilla. Intentando huir del ruidoso y contaminado Los Ángeles, Gifford, dibujante de cómics de profesión, busca un apartado lugar para dejar su estresante vida aparcada. Sin embargo, la irrupción de una misteriosa mujer acaba implicándolo en una trama que si al principio era digna de un bolsilibro de Punto Rojo, acaba siendo un Servicio Secreto en toda regla. Un *sheriff* corrupto, un extraño pueblo de nombre Grawsville, agentes del FBI, tres mujeres que buscan salir de una terrible asociación criminal, cadáveres y robos... todo esto y más en esta entretenidísima novela de a duro de Adam Surray donde la portada de Desilo tiene ciertamente que ver con el interior... o al menos en parte.



Adam Surray

Prohibido asesinar en domingo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1265

ePub r1.0

Lds 15.06.18

Título original: *Prohibido asesinar en domingo*

Adam Surray, 1974

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



PRÓLOGO

Los Angeles es una de las ciudades con mayor índice de contaminación atmosférica. Su población se aproxima a los cuatro millones de habitantes. Y sobre ellos el irrespirable y nauseabundo *smog*. La neblina sucia y densa que incluso puede palparse.

Pero no es ése el único mal existente en Los Angeles.

La ciudad es un infernal laberinto de asfalto y bloques de cemento. Al carecer de *subway*, todo el tráfico se centra en la superficie. El servicio de transportes es sumamente deficiente, de ahí que la intensidad de vehículos sea la mayor del mundo. Uno por cada dos personas.

Calles interminables. Irritantemente largas. Edificios-colmena que se elevan desafiando al cielo y rasgando la pestilente neblina que envuelve por doquier la ciudad.

Todos los males y defectos de una gran urbe, se encuentran al máximo en Los Angeles.

Sus habitantes lo saben.

Y sonríen indiferentes.

Incluso disfrutan leyendo las estadísticas. El ensordecedor ruido reinante, cercano a los ochenta y cinco decibelios, puede llevarles paulatinamente a la sordera. El *smog* ya ha contabilizado un buen número de enfermos de pulmón. Alimentos contaminados y la gran tensión vital producen úlceras, epilepsias, infartos, debilidad coronaria...

Y los habitantes de Los Angeles continúan sonriendo.

Algunos, muy pocos en verdad, aprovechan el
week-end

para desintoxicarse. Pero... ¿dónele acudir? ¿Existe algún lugar próximo a Los Angeles no contaminado? Es necesario recorrer

muchas millas para lograrlo.

Frank Gifford, lo había encontrado.

Un maravilloso lugar plagado de frondosos árboles que extendían sus ramas para reflejarse en las cristalinas aguas del lago. Todo aquello impregnado de un aire puro que casi hacía daño.

Frank Gifford salió de Los Angeles en la madrugada del sábado. Con una vestimenta muy distinta a la habitual. Chaquetilla y pantalón *jean*, camisa a grandes cuadros y botas. Una mochila a su espalda con provisiones para un par de días. Sólo lo imprescindible.

Gifford se había prometido en infinidad de ocasiones realizar aquel

week-end

. Lo fue demorando y aplazando una y otra vez.

Pero el gran día había llegado.

¡Al diablo los fines de semana en la gran ciudad!

Un par de días en pleno contacto con la naturaleza. Contemplar un amanecer, ver el sol sin necesidad de subirse a uno de los rascacielos, oír el canto de un pájaro sin enjaular...

Placeres que el hombre actual ignora.

Frank Gifford había decidido conocerlos.

Fue una dura prueba.

Aquel sábado estaba citado con Judith. Una *starlette* que soñaba con alcanzar la cima de Hollywood. La infeliz ignoraba que ya no hay cumbre que escalar en el podrido y acabado Hollywood. Lo único que conseguiría, con un mucho de suerte, es un papel secundario en una serie televisiva o un *stop* publicitario de ropa interior femenina. Judith poseía... cualidades para anunciar sujetadores y demás prendas íntimas. Sin embargo aún no había firmado ningún contrato. Empezaba a desesperarse.

De ahí que Frank Gifford se dedicara a consolarla.

Por los *night-clubs* de Hollywood, por las elegantes salas de Beverly Hills, por los lugares de diversión del centro de Los Angeles...

Sí.

Había sido una dura prueba.

Dejar a Judith por entrar en contacto con la Naturaleza.

Máxime en un hombre que, como Frank Gifford, aún no había llegado a los treinta años de edad.

Pero ya estaba hecho.

Frank Gifford abandonó Los Angeles en la madrugada del sábado. Con su mochila a la espalda. Dejando su aerodinámico «Corvette» en el *parking* del edificio. Así lo había proyectado.

Comenzó a caminar.

A caminar...

Contrastando con el cotidiano trabajo que le obligaba a permanecer sentado horas y horas.

Claro que, para poder alejarse del núcleo de Los Angeles, fue necesario tomar un autobús. En dirección norte. Ya en el extrarradio, en la carretera que conduce a Bakersfield y Fresno, caminó un par de millas antes de aceptar el ofrecimiento del conductor de un camión-cisterna.

Aquella autopista, y pese a lo prematuro de la hora, se veía con intenso tráfico. Todos en dirección a Bakersfield para luego desviarse hacia el paradisíaco Sequoia National Park.

Todos en busca de aire puro.

Pero Frank Gifford deseaba también tranquilidad. Abandonó la autopista adentrándose por una de las comarcales. Hizo *autostop* en un par de ocasiones más. Volvió a caminar. Así durante todo el día. El lugar ideal lo encontró cuando el sol comenzaba a ocultarse.

Fue tras penetrar por un sendero pedregoso que paulatinamente se iba cerrando hasta resultar intransitable. Continuó campo a través. Hasta divisar aquel maravilloso lago semioculto por frondosos árboles.

Un paraíso.

Allí levantó la tienda de campaña y preparó la cena. Minutos más tarde, con un cigarrillo humeando en los labios, permaneció largo tiempo contemplando el negro manto del cielo salpicado de parpadeantes estrellas.

Frank Gifford no era un romántico ni un individuo de sensible espíritu; pero aquella paz y belleza terminaron por cautivarle.

Se introdujo en el saco de dormir. Terminó de leer un libro infinidad de veces empezado. Cerró los ojos. Arrullado por el canto de una pareja de grillos que se hacían el amor.

Fue una noche de placentero sueño.

El despertar...

El despertar iba a ser muy distinto.

El nuevo día sería dirigido por la batuta de la muerte. Ella, con su afilada guadaña, escribiría una sangrienta y diabólica historia de terror. Espeluznante y monstruosa.

Con un protagonista.

Frank Gifford.

Sí.

El sería el personaje central. A su alrededor, en macabra danza, se celebraría la más demoníaca orgía de sangre.

También Frank Gifford, además de protagonista, era una de las víctimas elegidas.

CAPÍTULO PRIMERO

Frank Gifford accionó el mando de su diminuto radio-cassette. Se escuchó la voz del locutor dando lectura a las breves noticias de carácter local. Acto seguido comenzó un programa musical dedicado a amenizar la mañana del domingo.

Con un buen inicio.

El *Angie* de los Rolling Stones.

Frank Gifford, apenas despertar, disfrutó de un baño en las tranquilas aguas del lago. Ahora, tras el ligero desayuno, se hallaba acomodado bajo la protectora sombra de un árbol. Apoyada la espalda en el tronco. Una cajetilla de «Winston» a su izquierda y el radio-cassette a la derecha.

Gifford tenía entre sus manos un cuaderno de grandes hojas. Por primera vez estaba dibujando exclusivamente para él. Con placer. Recreándose.

Le gustaba su trabajo, pero en Los Angeles debía someterse a las exigencias del editor, a los caprichos de la Larsen Films y a la inexcusable «tira» en uno de los periódicos.

Frank Gifford era un dibujante de moda. Creador de varios héroes de ficción que eran publicados por una editorial especializada en *comic-book*. Colaboraba con una productora cinematográfica. Su *cómic* en el periódico era uno de los más populares, ya que también era reproducido en diarios de Nueva York, Washington, Chicago, Denver y en las principales ciudades de California.

Gifford poseía el clasicismo de un Harold Foster junto con la agilidad y energía de trazo del maestro Alex Raymond. Pero ni el Príncipe Valiente ni *Flash Gordon* estaban de actualidad.

El *cómic* había evolucionado. Era un arte a estudiar. Nuevas

técnicas y formas. Rompiendo moldes.

Los dibujos de Frank Gifford encerraban un gran valor artístico. Trabajaba sin tregua, pero nunca perdía en calidad.

Merecía aquel descanso.

Fuera del alucinante *stress* de Los Angeles.

Frank Gifford sonrió imaginando la cara de su editor de conocer que se hallaba lejos de su estudio de Beverly Hills. Aislado. Sin contacto con la civilización.

Eso, al menos, creía Gifford.

La voz llegó de súbito y desde el lugar más insospechado.

Del centro del lago.

—¡Eh...! ¿Qué hace ahí...? ¿Quién es usted?

Frank Gifford dio un respingo.

Aquella voz, rompiendo el plácido silencio, le había sobresaltado.

Entornó los ojos.

Los rayos del sol producían dorados destellos en las aguas del lago. De entre ellos surgía la rubia cabellera de la mujer. Nadando hacia el lugar donde se hallaba Gifford. Con rítmicas brazadas. Trazando un espumoso surco en las cristalinas aguas.

Frank Gifford se había incorporado acudiendo a la orilla.

Tendió su diestra ayudando a la muchacha a salir del agua.

—¿Quién es usted?

Gifford no replicó.

Se había quedado con la boca entreabierta.

Aquella mujer era como la reencarnación de Venus saliendo de las aguas. Rostro ovalado de perfecta belleza. Su pelo, rubio como el fuego, se pegaba a los desnudos hombros. Lucía un diminuto bikini en tejido de «piel de ángel». La pieza superior controlaba con dificultad los erectos senos. Cintura estrecha. El *slip* muy bajo y ajustado a las torneadas caderas.

Frisando en los veintidós años de edad.

El cuerpo de la mujer gozaba de un seductor bronceado.

Sí.

La mismísima Venus hubiera sentido envidia.

—¿No me ha oído? ¿Qué hace aquí? Este terreno es propiedad privada.

Frank Gifford sonrió.

—Perdona... Estoy algo aturdido. Ignoraba que el lago contara con sirenas. Soy Frank Gifford. ¿Y tú? ¿Te has escapado del Olimpo?

La joven parpadeó, algo perpleja.

Sus gordezuelos labios terminaron por esbozar una sonrisa. Ganada por la simpatía de Gifford.

—Soy Lisette Fisher. Mi padre es el propietario de todo esto —la muchacha fijó los ojos en la tienda de campaña—. ¿Ha pasado aquí la noche?

—Sí. Ignoraba que fuera terreno privado, aunque debí suponerlo. Demasiado maravilloso para carecer de dueño. Llegué ayer al atardecer.

—El *camping* de Grawsville está a menos de una milla. ¿Por qué has acampado aquí? ¿Querías ahorrarte la estancia?

Frank Gifford sonrió.

—Desconocía la proximidad de Grawsville, pero tampoco hubiera acudido. Y no por ahorrar el *ticket* del *camping*. Buscaba la soledad. Caminé por un sendero que luego quedó cortado. Seguí campo a través. Al divisar este lugar, con el paradisíaco lago, no dudé. Pensaba marchar dentro de unas horas. Después del almuerzo.

—Pocos hombres buscan la soledad.

—Cierto. Tampoco a mí me agrada, pero opino que es bueno intentar huir en alguna ocasión. Olvidarse de todo, aunque sólo sea por unas cortas horas.

—¿Y tú lo has hecho?

Gifford abrió los brazos trazando una semicircular mirada.

—¡Por supuesto! He permanecido sólo en el paraíso.

Aislado. Bajo un cielo estrellado. A solas con mis pensamientos. ¿Y sabes una cosa, Lisette? La experiencia es horrible.

La muchacha rió divertida.

—¿Horrible? ¿Por qué?

—He llegado a la conclusión de que el hombre es el ser más despreciable de la creación. Nos amontonamos en ciudades, encerrados en jaulas de cemento, para luchar unos contra otros despiadadamente. Ambicionando un puñado de dólares. Pisoteando al prójimo. A todos cuantos se interponen en nuestro camino. Y cuando has conseguido tu objetivo, cuando has alcanzado la

cumbre, comprendes que es demasiado tarde. Ya no puedes disfrutar del triunfo logrado. Ya estás acabado. Corrompido por un cáncer, amargado por una úlcera o propenso al infarto.

—¿Dónde está la solución, Frank?

—Todos la conocemos. ¡Al diablo las grandes ciudades! Sus placeres, sus comodidades, sus vicios... Lo triste es que todos volvemos a la jungla de asfalto. Aquí, con esta paz y tranquilidad, me he percatado de la insignificancia del ser humano. Rechazamos la naturaleza por habitar en una colmena de cemento. Me he sentido como un gusano, Lisette. Estoy deseando regresar a Los Angeles. La paz y la belleza me aturden. Ya no estamos acostumbrados. Echo en falta el aire contaminado y el ensordecedor ruido de la ciudad.

Lisette arrugó la nariz en delicioso mohín. Sus labios volvieron a sonreír. Ahora más abiertamente.

—No sé si hablas en serio o en broma..., aunque me pareces un perfecto cínico.

Frank Gifford se había inclinado para recoger su radio-cassette. Lo desconectó cortando la voz de los Allman Brothers Band. También atrapó la cajetilla de tabaco ofreciendo un cigarrillo a la muchacha.

—Voy a empacar todas mis cosas. No quiero que tu padre se moleste por mi presencia en sus propiedades.

—Ya está acostumbrado. *Hippies* y vagabundos llegan aquí con frecuencia e instalan sus campamentos. En ocasiones permanecen durante semanas, ya que mi padre no viene por aquí. Sus negocios le retienen en San Francisco. Incluso no ha podido acompañarme en este

week-end

. Estoy sola en el *bungalow*.

Los ojos de la joven estaban fijos en Gifford.

Sus miradas se encontraron.

Aquel «estoy sola en el *bungalow*» parecía encerrar una velada invitación. Muy prometedora.

—¿Has pasado la noche en la casa? ¿Sola?

—Ahá.

—¿No tienes miedo, Lisette?

—Soy una chica muy valerosa.

Frank Gifford tragó saliva.

Con los ojos algo vidriosos.

Admiró nuevamente el escultural cuerpo femenino. Aquel reducido bikini era más provocativo que el traje de Venus. Diminutas gotas de agua perlaban el bronceado cuerpo de Lisette. Deslizándose por su busto, por la cintura, por los esbeltos muslos...

Gifford decidió dejar de hacer el idiota.

Su ración de soledad había terminado.

Allí estaba Lisette. Una ninfa. Una diosa del Olimpo.

No la dejaría escapar.

—De buen grado te invitaba a almorzar, Lisette; pero mis provisiones son más bien escasas y se limitan a latas de conservas.

—Mi *bungalow* cuenta con un frigorífico bien surtido. Yo invito. ¿Qué te parece pollo frío y champaña?

—Fabuloso.

—Entonces, en marcha. Antes del almuerzo prepararé un Manhattan capaz de resucitar a un muerto. Son mi especialidad.

Gifford estuvo tentado de pellizcarse.

Aquello parecía un sueño.

—Voy a desmontar la...

—¿Por qué no la dejas así? —interrumpió Lisette—. La casa está a unas trescientas yardas; pero no es necesario que vayas cargado. Después del almuerzo, cuando decidas marchar, te ayudaré a empacar.

Frank Gifford se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Se introdujo en la tienda de campaña para apoderarse de su chaquetilla tejana. Dejó en el interior el radio-cassette y la botella de gas utilizada para preparar el café. Todo quedó dentro de la tienda.

Lisette la observaba con intensa mirada.

Demasiado penetrante.

Gifford se percató de ello.

Y le intrigó.

No se consideraba con el atractivo de un Paul Newman para despertar tanto entusiasmo en la muchacha. Sus facciones eran correctas. Pelo negro y abundante. Frente despejada. Cejas bien curvadas. Ojos grises. Nariz recta. Labios de fino trazo y barbilla

firme acusando gran energía.

De complexión atlética. Para contrastar el permanecer horas y horas tras su mesa de dibujo, todas las mañanas acudía a un gimnasio. Experto en karate. Era necesario en su profesión para defenderse de los editores.

La joven continuaba mirándole fijamente.

Frank Gifford empezó a sentirse algo molesto.

Judith, la *starlette* de Los Angeles, le había dicho que sus ojos grises eran cautivadores.

¿Tenían también efecto en Lisette?

No.

Gifford no era tan vanidoso para creer tal cosa.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras, Frank. Sígueme. Te gustará la casa. Papá la hizo construir con toda clase de comodidades. Incluso hizo abrir un camino que enlazara con Grawsville.

—¿Dista mucho del pueblo?

—Oh, no... Menos de una milla.

—Espero que cuente con un buen servicio de autobús a Los Angeles. Esta noche me gustaría dormir en casa.

—Bajo un cielo contaminado.

Los dos rieron alegremente.

Caminaron por el bosque que envolvía el lago. Subiendo y bajando por los caprichosos desniveles del terreno.

Ningún sendero.

Lisette iba en cabeza. Muy despacio, ya que sus desnudos pies dificultaban el caminar.

Frank Gifford quería centrarse en el verde y maravilloso paisaje, pero su mirada terminaba por posarse irremisiblemente en las ondulantes caderas de Lisette. La pieza del bikini tenía menos tela que una corbata.

Gifford volvió a sentir la garganta reseca.

Y no era producto del agotador sol.

—Ya hemos llegado, Frank... Allí está... ¿Qué te parece?

Habían alcanzado un pequeño promontorio.

Desde allí se divisaba la casa.

Un grandioso *bungalow* con porche al viejo estilo californiano. Construcción rústica, aunque resistente. Una muralla, mitad

cemento y mitad metálica, circundaba la casa. Paralelamente a uno de los laterales de la muralla se veía un ancho camino sin asfaltar.

—No es mal refugio.

—El interior es más confortable, Frank.

Iniciaron el descenso.

Al llegar al camino, Gifford se situó a la altura de la muchacha. Ésta le sonrió aferrándose a su brazo derecho.

—Ha sido una suerte encontrarte, Frank, Se presentaba un domingo muy aburrido. Debo permanecer en el *bungalow*, ya que mi padre quedó en telefonar. Posiblemente esta noche me reúna con él en Grawsville.

—¿No le molestará que yo...?

—Ya soy mayorcita, Frank —dijo Lisette con sensual sonrisa—. Tengo veintidós años y no doy cuenta a nadie de mis actos. ¿Okay? Gifford también sonrió.

—Okay.

La sonrisa se hubiera helado en labios de Frank Gifford de saber que acababa de firmar un pacto con la muerte.

Pero Gifford lo ignoraba.

Luego...

Luego sería tarde para retroceder.

CAPÍTULO III

Ya estaban ante la muralla.

La verja de entrada aparecía abierta.

Se adentraron por un cuidado jardín. La sinuosa piscina, próxima a la vivienda, carecía de agua. La puerta del garaje también estaba abierta. Se divisaba la parte trasera de un «Dodge». Un «Charger» último modelo en llamativo color cremoso.

Cuatro escalones conducían al porche.

Lisette Fisher empujó la puerta de entrada al *bungalow*. La hoja de madera cedió mansamente. El *living* era casi inexistente. De allí se pasaba directamente al salón.

Frank Gifford no pudo evitar una mueca de asombro.

Decoración y mobiliario eran excelentes. Artísticos cuadros y objetos de valor adornaban la amplia estancia. Finos cortinajes en los ventanales controlaban la virulencia de los rayos del sol.

—Diablos... Esto es un palacio...

—Cierto que mi padre se excedió. De ahí que, pese a estar en terreno propio, hiciera amurallar la casa. Con alambres electrificados. No todos los *hippies* californianos predicán el amor.

Frank Gifford estaba admirando un Van Gogh. Auténtico. Colocado sobre la chimenea del salón.

—Más de uno se dejaría electrocutar por conseguir este cuadro, Lisette. Es maravilloso.

—¿De veras?

—Es una locura tenerlo aquí. Máxime si la casa permanece deshabitada gran parte del año.

—El *sheriff* de Grawsville patrulla con frecuencia por la zona. Nunca han intentado robar.

Lisette estaba junto a un semicircular mostrador que hacía de

mueble-bar. Allí se alineaban varias botellas de fino cristal tallado. Extrajo el recipiente del hielo.

La muchacha avanzó hacia una de las puertas que comunicaba con la estancia contigua. Se llevó las manos a la espalda para, ante los estupefactos ojos de Gifford, desabotonar la pieza superior del bikini. La prenda no cayó. Quedó acoplada a los erectos senos femeninos.

—Voy a ponerme cómoda, Frank... El hielo está aún en los moldes. ¿Quieres trocearlo? Vuelvo en unos minutos.

Frank Gifford siguió parpadeando.

Perplejo.

Incluso cuando la joven hubo desaparecido tras la puerta.

Gifford reaccionó sacudiendo la cabeza. Aquello ya era demasiado. Como para subirse por las paredes. Creía estar viviendo una de las aventuras de sus personajes de ficción. El héroe del *cómic* que conquistaba mujeres con sólo chasquear los dedos.

Fabuloso.

Ni a James Bond le salían las cosas así.

Rememoró las palabras de Lisette.

«Voy a ponerme cómoda».

¿Aún más?

Frank Gifford encendió un cigarrillo. La sangre comenzaba a golpearle con fuerza en las sienes. No era un novato. Su colaboración con la Larsen Films le había proporcionado relaciones con bellezas del séptimo arte.

Pero Lisette...

Lisette era algo fuera de serie.

Gifford se había acomodado en uno de los frágiles taburetes del mueble-bar. Abrió el recipiente del hielo. En el interior, junto con los moldes, se hallaba un punzón con artístico mango persa.

Con ayuda del punzón fue arrancando varios cubos de hielo que depositó en una de las cocteleras.

Terminó el cigarrillo.

Dado que la espera se prolongaba, decidió servirse un *whisky*. Cuatro dedos de «Johnnie Walker» y dos trozos de hielo. Con el vaso en su diestra se dedicó a pasear por el salón.

Volvió a admirar el Van Gogh y demás objetos de arte. En uno de los muebles, bajo el televisor, se había acoplado un aparato

tocadiscos.

Frank Gifford rebuscó en las placas allí ordenadas. Toda música clásica. Ninguna concesión a lo actual. Nada de música pop. Ni tan siquiera un básico *jazz*, folk o romántico *blues*.

Esbozó una irónica sonrisa.

El padre de Lisette debía ser un individuo *out*.

Por supuesto que Gifford era amante de lo clásico, pero su juventud y dinámico carácter le inclinaba por la música actual. Se resignó seleccionando un disco de Strauss.

Con un tema apropiado para las circunstancias.

Vino, mujeres y música.

Frank Gifford se ventiló el *whisky* procediendo a encender un nuevo cigarrillo. Consultó la esfera de su reloj calculando en quince minutos el tiempo que llevaba en el salón.

Y cuando se espera a una mujer como Lisette, parece haber transcurrido quince horas.

Se aproximó a la puerta.

—Eh, Lisette... Empiezo a aburrirme... ¿Te falta mucho? No es necesario que te pongas demasiado... cómoda.

No le llegó respuesta alguna.

Los nudillos de Gifford golpearon la puerta.

—Lisette... ¿Ocurre algo...? ¿Tienes dificultades con la cremallera del vestido?

La voz de Frank Gifford, pese al tono festivo, sonó potente. Tampoco le llegó respuesta.

No dudó en accionar el pomo de la puerta.

Lisette no había colocado el seguro. La hoja de madera cedió al empuje de Gifford.

La estancia correspondía a un lujoso dormitorio. La decoración y mobiliario le delataban como femenino. Era sin duda la alcoba de Lisette.

Pero la joven no estaba allí.

—Lisette...

Frank Gifford se adentró en el dormitorio.

Perplejo.

El lecho, armario, tocador...; todo aparecía en orden. El transparente cortinaje del ventanal permitía divisar las rejas.

Todo el *bungalow* tenía las ventanas enrejadas.

¿Por dónde diablos había salido Lisette?

Los grises ojos de Gifford se posaron en una pequeña puerta contigua al armario ropero. Se encaminó hacia allí.

Sonrió.

No se molestó en llamar.

Abrió la puerta.

Tal como había imaginado, correspondía al cuarto de baño. Amplio. En azul y blanco. El armario-espejo permanecía cerrado. La toalla cuidadosamente enlazada en la anilla.

El estupor se acentuó en Gifford.

Apretó con fuerza las mandíbulas sospechando haber sido objeto de una burla por parte de Lisette. Se disponía a retornar al dormitorio, cuando descubrió aquella pequeña mancha roja en el suelo.

Junto a la bañera.

Se inclinó pasando su dedo índice por el azulejo.

Era un líquido viscoso.

Muy rojo.

Como una gota de sangre...

Frank Gifford hizo correr la cortina del baño.

Instintivamente dio un salto atrás. Palideció ante el macabro espectáculo. Allí, en el interior de la bañera, se hallaba el ensangrentado cuerpo de una mujer.

Joven y bonita.

Pero no era Lisette.

Frank Gifford jamás había visto anteriormente a aquella muchacha.

Al contrario de Lisette, tenía el pelo negro como el azabache. Sus manos, de crispados dedos, parecían aferrarse a la resbaladiza superficie de la bañera. Había dibujado cuatro sanguinolentos surcos.

No eran las únicas manchas de sangre existentes.

Rojos orificios se veían en el cuerpo de la mujer. Profundos. De ellos aún manaba sangre.

Incluso sus ojos...

También tenía una herida en la frente. Un orificio sin duda ocasionado por un afilado estilete. Entre ceja y ceja. La sangre se deslizaba cubriendo los desorbitados ojos de la muchacha.

Frank Gifford permaneció inmóvil.

Incapaz de reaccionar.

Contemplando como hipnotizado la espeluznante escena. El ulular de una sirena pareció volverle a la realidad.

Giró retomando al dormitorio y precipitándose hacia el ventanal.

No fue necesario apartar el cortinaje.

Distinguió el vehículo que ya frenaba con estridente chirriar frente al *bungalow*.

Era un coche patrulla de la policía de Grawsville.

CAPÍTULO III

Frisaba en los treinta y cinco años de edad. Rostro alargado y de inexpresivas facciones. Sus ojos quedaban ocultos por unas gafas de oscuros cristales. El hombre apoyó los pulgares en la hebilla de su cinturón.

Sonrió.

No parecía muy impresionado por el cadáver de la bañera.

—No sabe quién es, ¿eh?

Frank Gifford denegó con un débil movimiento de cabeza.

—Ya le he dicho que no la había visto anteriormente. Yo había acampado a poca distancia de aquí, cuando...

—Luego, amigo, luego... Más tarde soltará sus embustes.

—Oiga, yo no...

El individuo giró dando la espalda a Gifford. Atravesó el dormitorio acudiendo al salón.

En el aparato tocadiscos, el separador automático había desplazado la placa. El *Vino, mujeres y música*, de Strauss, ya no estaba de acorde con las trágicas circunstancias.

Un jeep se había detenido frente al *bungalow*.

El hombre que descendió, del vehículo lo hizo con lentos movimientos. Debido sin duda a su voluminosa figura. Un individuo de unos cuarenta años de edad. De grasiento y mofletudo rostro. Con un peso aproximado a las trescientas libras.

Penetró en la casa con un pañuelo en su diestra. Secando repetidamente el sudor de su rostro.

—¿Qué infierno ha ocurrido, Henry? La llamada de Scofield mencionó un asesinato.

—Correcto, *sheriff*. Una muchacha. Hemos sorprendido a un individuo en la casa. El agente John Scofield está con él.

El *sheriff* no necesitó ninguna otra pregunta. La abierta puerta del dormitorio le indicó el lugar.

Se introdujo en la estancia.

Frank Gifford se hallaba acompañado de otro individuo. Fumando nerviosamente un cigarrillo.

El *sheriff* se encaminó directamente a la sala de baño. Tras una superficial mirada al cadáver, retornó al dormitorio posando sus diminutos ojos en Gifford.

—¿Cuál es su nombre?

—Frank Gifford. Quiero advertirle que...

—Tranquilo, Gifford. Aquí hacemos las cosas despacio. Yo soy Arthur Fleischer, *sheriff* de Grawsville. Aquél es mi ayudante Henry Killer, y a su lado se encuentra el agente John Scofield. Esta mañana vieron a una pareja de *hippies* merodeando por el *bungalow* de S. Fisher. Mi ayudante Hiller y el agente Scofield se desplazaron hasta aquí. Le sorprendieron con el cadáver de una muchacha brutalmente asesinada. Bien, Gifford. Es el momento de las explicaciones. ¿Quién es la chica?

Gifford inspiró profundamente.

Aquella fingida calma en el *sheriff* de Grawsville le inquietaba.

—Lo ignoro. Jamás la había visto.

—¿No permaneció con ella toda la mañana?

—No.

—La pareja de *hippies* que...

—¡Yo no soy un *hippie*, maldita sea! —interrumpió Gifford a la vez que arrojaba furioso el cigarrillo.

Arthur Fleischer sonrió.

Sus ojos, semiocultos por enormes bolsas de carne, se entornaron hasta casi desaparecer.

Chasqueó la lengua.

—No se ponga nervioso, Gifford. Vayamos por partes. ¿Qué hacía usted en la casa?

—Me invitó Lisette Fisher.

—¿Quién ha dicho?

—Lisette Fisher, la hija de ese tal S. Fisher. Yo había acampado a orillas del lago. Ignoraba que esto era propiedad privada. Había terminado mi desayuno, cuando surgió Lisette Fisher. Llegó a nado por el lago.

—Como una sirena, ¿eh?

El comentario fue del ayudante del *sheriff*.

Frank Gifford no le hizo el menor caso.

Prosiguió:

—Lisette entabló conversación conmigo y me invitó a almorzar en su *bungalow*. Caminamos hasta aquí. Me dejó en el salón mientras iba a ponerse un vestido. Se introdujo en este dormitorio. Yo permanecí en el salón hasta que, cansado de esperar, llamé a la puerta. Al no recibir respuesta decidí entrar. Lisette Fisher ya no estaba aquí. En el baño descubrí el cadáver de la muchacha. Jamás la había visto antes.

—Tampoco yo había escuchado jamás semejante sarta de embustes.

—Le estoy diciendo la verdad, *sheriff*.

Arthur Fleischer volvió a pasarse el pañuelo por su sudoroso rostro. Avanzó hacia el ventanal del dormitorio. Sus manos, de dedos como morcillas, se aferraron a los artísticos barrotes.

—¿Ve estas rejas, Gifford? Fueron colocadas para proteger la casa. Impiden la entrada, aunque también tienen el inconveniente de no permitir la salida. ¿Permaneció todo el tiempo en el salón?

—Sí.

—¿No vio salir a... Lisette Fisher?

Frank Gifford, consciente del terreno a que quería llevarle el *sheriff*, tragó saliva con dificultad. También su frente comenzó a perlarse de diminutas gotas de frío sudor.

—No.

—Comprendo... Lisette entró en el dormitorio. Y luego se evaporó misteriosamente. Puede que la sirena retornara al lago o tal vez se reencarnó en la muchacha asesinada. Puede que esa chica sea Lisette.

—Usted debe conocer a Lisette Fisher, *sheriff*. Y sabe que no es la chica de la bañera.

—Ocurre algo muy curioso, Gifford. No conozco a ninguna Lisette Fisher. ¿Y tú, Henry?

Henry Hiller sonrió, empujando con su dedo índice el arco de las oscuras gafas.

—No, *sheriff*.

Frank Gifford volvió a experimentar la extraña sensación de

pisar terreno resbaladizo.

—Lisette es la hija de S. Fisher. Ella misma me lo dijo.

—¿Quiere describirla?

—Pues... de unos veintidós años de edad, pelo rubio, rostro agraciado, bien formada...

—¿Y le dijo que era hija de S. Fisher?

—Mencionó el nombre. Fisher. Sin la inicial.

El *sheriff* Fleischer hizo una fea mueca.

—*Okay*, Gifford... Como ya le he dicho, hacemos las cosas despacio; pero tampoco nos gusta perder el tiempo. Pudo haber inventado otra historia mejor. Da la casualidad de que S. Fisher es una mujer. Una viuda muy respetada en Grawsville. De treinta años de edad. Y sin hijos. ¿Qué responde ahora, Gifford?

Frank Gifford empezó a comprender.

Había caído en una trampa.

Como un estúpido picó el anzuelo tendido por la seductora Lisette. Ella le llevó hasta allí para que cargara con la muerte de la muchacha asesinada en la bañera.

—La mujer del lago dijo llamarse Lisette Fisher. Sin duda me engaño.

—Es una lástima que se haya evaporado. ¿Por dónde cree que salió Gifford? ¿Era lo suficiente delgada para pasar por entre los barrotes? Por supuesto que no. La ventana del cuarto de baño es reducida. Tampoco permite el paso de una persona. Ni el de un niño. ¿Por dónde escapó la misteriosa muchacha del lago?

Frank Gifford fue incapaz de responder.

Todo aquello carecía de lógica.

—Llevarle —ordenó Arthur Fleischer—. Acusado de asesinato.

—¡Le he dicho la verdad, *sheriff*!

—¿De veras? Toda su historia raya en lo absurdo, Gifford. Yo sé lo que ocurrió. Usted y esa joven de la bañera son dos despreciables *hippies* que pululan por California saqueando *bungalows* solitarios. Llegaron hasta aquí acomodándose en la casa como si fueran los propietarios. Su bella acompañante decidió tomar un baño mientras usted hacía balance de los valiosos objetos. No quiso repartir con ella y la liquidó.

Frank Gifford llevó su diestra a la chaquetilla. Extrajo una pequeña cartera que abrió mostrándosela al *sheriff*.

—Aquí tiene mi cédula de identidad. Frank Gifford, dibujante con residencia en Los Angeles. El editor Norman Ross, en la Larsen Films y en todos los periódicos de California me conocen. La serie *Dos tejanos* es mía. Yo dibujo ese *cómic* reproducido en todo Estados Unidos. En gran número de diarios aparece la «tira». ¿Sigue opinando que soy un *hippie*?

El *sheriff* y su ayudante Henry Hiller intercambiaron una fugaz mirada. Este último atrapó la cédula de identidad. Tras estudiarla detenidamente, la pasó a su superior.

El mofletudo rostro de Arthur Fleischer se ensombreció.

—Por supuesto que conozco la serie, Gifford. Me gustan las aventuras del lejano Oeste. No le había relacionado con el famoso dibujante de Los Angeles. Pero eso nada cambia la situación. No es usted un *hippie*. De acuerdo. No obstante, sigue como sospechoso de asesinato. Tal vez se encontró con esa muchacha, descubrieron el *bungalow* y decidieron acomodarse en él. Intentó propasarse con la chica y, al resistirse, la mató.

Gifford apretó con fuerza las mandíbulas.

—Quiero llamar a mi abogado.

—Todo a su tiempo, Gifford. Ahora acuda con mis dos hombres al lugar donde asegura haber acampado.

Puede que allí encontremos algo perteneciente a la muchacha asesinada.

Frank Gifford abandonó el *bungalow* escoltado por Henry Hiller y John Scofield.

También el *sheriff* dejó la casa para manipular en la radio de su *jeep*.

—Henry...

—Diga, *sheriff*.

—Voy a llamar al forense y a los muchachos del laboratorio. Regresar aquí con las pertenencias de Frank Gifford e inspeccionar detenidamente, el terreno.

—Muy bien, *sheriff*.

Ahora fue Gifford el que avanzó en cabeza guiando a los dos individuos. Un trayecto muy distinto al de la ida cuando contemplaba las torneadas caderas de Lisette.

Frank Gifford volvió a maldecir su estupidez.

Se había comportado como un patán recién llegado a la ciudad.

Alcanzaron el promontorio. Desde allí, el sentido de la orientación no falló en Gifford. Pronto divisaron las cristalinas aguas del lago.

Aquel lugar que ya no resultaba tan maravilloso para Frank Gifford. La verde explanada y los frondosos árboles proyectando sus ramas para reflejarse en el lago.

El paisaje no había cambiado, aunque no todo seguía igual que horas antes.

Gifford palideció, pues todo su equipo había desaparecido.

Sintió un leve temblor en sus rodillas.

La tienda de campaña, la mochila...

Ni rastro de ello.

* * *

Henry Hiller se había llevado a la boca una pastilla de goma de mascar. Fijó sus ojos en Gifford.

—¿Y bien? ¿Qué diablos ocurre ahora?

Frank Gifford parpadeó aturdido.

Como queriendo despertar de una pesadilla. Deseando alejarse de todo aquel absurdo.

—Yo... no comprendo... Fue aquí donde instalé mi tienda de campaña y pasé la noche. Estoy seguro.... ¡Fue aquí!

Hiller intercambió una mirada con su compañero John Scofield.

—¿Has oído eso, John? La tienda de campaña también ha desaparecido. Todo se esfuma por arte de magia. Al igual que la encantadora sirena que surgió del lago.

John Scofield era un individuo de corta estatura y cabeza grande. Desproporcionada. Sus labios esbozaban una sempiterna y anormal sonrisa. Todo en Scofield parecía repulsivo.

—A mí me ocurrió algo semejante en cierta ocasión. Me hallaba en el Hollywood Parks. Yo era el único espectador, pero no se celebraba ninguna carrera de caballos. Diez mujeres estaban en los batientes de salida. Diez mujeres de opulentas formas... Chinas, mexicanas, francesas, españolas, italianas... Ah, diablos. Fue una bonita carrera. Yo mismo di la salida. Ganó una italiana de abundante busto y amplias caderas. Fui a su encuentro. Y al tender mis manos hacia ella... ¡desapareció! ¡Se convirtió en humo! A los

pocos segundos desperté muy malhumorado.

Henry Hiller rió, divertido.

—Este caso es distinto, John. Muy diferente. Lo tuyo fue un bonito sueño, pero Frank Gifford quiere burlarse de nosotros.

Gifford se había inclinado tanteando con sus manos el terreno. En busca de cualquier indicio que señalara su anterior presencia en el lugar.

Todo resultó vano.

Ni la menor huella.

—Fue aquí..., estoy seguro...

—En marcha, Gifford. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Frank Gifford aferró el brazo derecho de Hiller.

—¡Le juro que...!

No pudo seguir hablando.

El ayudante del *sheriff* proyectó salvajemente su rodilla izquierda. Al bajo vientre de Gifford. Éste se dobló lívido.

Miller chasqueó la lengua a la vez que movía la cabeza de un lado a otro. Con apesadumbrado gesto.

—Lo lamento, Gifford; pero no me gusta que me toquen. No lo vuelva a hacer o le aplastaré la cabeza. ¡Y ahora en marcha!

Frank Gifford fue empujado con violencia.

Retornaron de nuevo por el mismo camino en dirección al *bungalow*. Cuando llegaron a la casa, ya se veían dos autos más estacionados en el amplio jardín. Vehículos pertenecientes a la policía de Grawsville.

El *sheriff* Fleischer se hallaba bajo el porche.

Resoplando sudoroso.

—¿Alguna novedad, Henry?

—Nada, *sheriff*. Otro embuste de Frank Gifford. En el lugar donde asegura haber acampado no hay ninguna huella. Ni rastro de la supuesta tienda de campaña.

Los diminutos ojos del *sheriff* se posaron inquisitivamente en Frank Gifford.

—Creo que usted se complica las cosas, Gifford. Entre en la casa. Frank Gifford obedeció.

Sin ninguna protesta.

Había decidido no hablar hasta estar en presencia de su abogado.

En el salón, dos hombres expertos en dactiloscopia trabajaban afanosamente en busca de posibles huellas.

Un tercer individuo llegó procedente del dormitorio.

—¿Puede anticiparme algo, Logan?

—Poca cosa. La muerte es reciente. La chica fue asesinada hace aproximadamente un par de horas. La primera herida, en su seno izquierdo, alcanzó el corazón ocasionando la muerte. Las restantes puñaladas no eran ya necesarias. Se ensañaron brutalmente con ella.

—¿Qué me dice del arma homicida?

—Algún estilete u objeto punzante. Son heridas profundas y de escaso diámetro.

—¿Puede ser esto? —intervino uno de los policías desde el mueble-bar. Con unas pinzas especiales sostenía el punzón del hielo.

El forense se aproximó para mejor contemplar el artístico punzón. Sin tocarlo. Asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Es posible... Sí..., apostaría que fue el arma utilizada.

—Se determinará en el laboratorio —dijo el *sheriff*—. Puede que encontremos huellas en la empuñadura.

Frank Gifford sintió hundirse más y más.

El plan de aquella maldita Lisette salía a la perfección. Ella le indujo a trocear el hielo utilizando el punzón.

Sí.

Allí estaban sus huellas.

Y era sin duda el arma empleada para matar a la muchacha de la bañera. Pero las complicaciones no terminaban ahí.

En ese instante penetró en la casa un agente. Sus manos sujetaban las correas de una voluminosa mochila.

Gifford dio un respingo.

Era la suya.

La que dejara a orillas del lago.

El *sheriff* se percató del sobresalto de Gifford.

Sonrió.

—¿Es su mochila, Gifford?

—Sí...

—¿Dónde la ha encontrado, Curtis?

El policía la había depositado en el suelo.

—En el garaje, *sheriff*. En el asiento trasero del «Dodge» perteneciente a Sarah Fisher.

—Apuesto a que usted no la colocó allí, ¿verdad, Gifford? —Al no recibir respuesta, Arthur Fleischer acentuó su sonrisa—. Es un modelo de mochila muy popular. Puede que no se trate de la suya. Veamos el contenido...

El propio *sheriff* manipuló en las hebillas de la mochila por espacio de interminables minutos.

En su interior, debidamente plegada, apareció la tienda de campaña. El radio-cassette, la botella de gas, latas de conserva, una carpeta de dibujo con el nombre de Frank Gifford grabado en la tapa, una plana botella de *whisky*... y ropa femenina.

Un suéter, una corta falda a cuadros, dos prendas interiores y unos zapatos de reducido tacón.

—Muy curioso...

Frank Gifford fue incapaz de contenerse por más tiempo.

—¡Esa ropa no me pertenece!

Los carnosos labios del *sheriff* dibujaron una abierta y burlona sonrisa. También sus ojos destellaron con irónico brillo.

—Ya lo supongo, Gifford. No son las más apropiadas para usted, pero sí para la chica asesinada en la bañera. Es un buen procedimiento, aunque ya muy utilizado. Quitar las ropas al cadáver para dificultar la identidad de la víctima.

Frank Gifford quiso refutar airadamente aquella acusación, pero algo le impidió hablar.

Fue un objeto cilíndrico que Arthur Fleischer extrajo de la mochila. Cuidadosamente enrollado en fuerte papel.

Gifford sintió un escalofrío.

Sospechó el contenido de aquel envoltorio.

Sus grises ojos fueron hacia la chimenea del salón.

Allí ya no estaba el valioso Van Gogh. La tela había sido sustituida por una vulgar reproducción de Edward Savage, un pintor norteamericano del siglo XVIII.

El *sheriff* Fleischer, con deliberada lentitud, había quitado el papel protector para acto seguido mostrar la cotizada pintura de Van Gogh.

Hallada en la mochila de Frank Gifford.

CAPÍTULO IV

La carcajada de Henry Hiller resonó con fuerza entre aquellas cuatro paredes.

—Por supuesto que hemos llamado a tu editor, Gifford; pero el tal Norman Ross no responde al teléfono. Hoy es domingo, ¿sabes? No es fácil localizar a la gente en sus hogares. Se largan al *Sports Arena*, al hipódromo Del Mar, a presenciar el *baseball* de Los Angeles Dodgers... Has elegido un mal día, Gifford. Debería estar prohibido asesinar en domingo.

Se escuchó la risa de John Scofield.

Débil e histérica.

Hiller prosiguió hablando:

—En cuanto a tu abogado, tampoco nos ha sido posible localizarle. Trevor Sondock, ¿verdad? Un tipo muy bueno. El mejor abogado de California. Sería un gran honor que se presentara por Grawsville. Puede que consiga comunicación con él... si firmas esa declaración. ¿Qué respondes, Gifford?

Frank Gifford estaba de bruces.

En el suelo.

Encogido y respirando con dificultad.

—No parece haberte oído, Henry —comentó Scofield muy risueño—. Apuesto a que se ha dormido.

El ayudante del *sheriff* chasqueó la lengua.

—Eso sería de muy mala educación. ¡Despierta, Gifford!

Henry Hiller propinó un salvaje puntapié al costado izquierdo de Gifford obligándole a girar quedando con los brazos en cruz. John Scofield se aproximó para colaborar. Con más entusiasmo que el propio Hiller, se dedicó a pisotear el estómago del caído.

Frank Gifford aulló de dolor.

Por muy poco tiempo.

Sus gritos quedaron cortados con brutal violencia.

La bota derecha de Henry Hiller se había proyectado contra su bajo vientre.

La palidez de Gifford se tornó cadavérica. Por espacio de largos segundos boqueó desesperadamente en busca de aire. Se dobló retorciéndose de dolor. Poco alimento retenía en su estómago.

El café y las tostadas del desayuno.

Todo lo vomitó.

—¡Maldita sea...! Mira eso, John... El muy cerdo nos está manchando el despacho.

—Estos tipos de las grandes ciudades tienen poco aguante, Henry. ¿Recuerdas a Peter Leigh? Permaneció toda su vida en una cabaña del Valle de la Muerte. Cada invierno se dejaba caer por aquí para visitar la casa de Betsy. Fue un poco rudo con una de las chicas. La estrangulo. Tampoco quiso confesar su crimen, sin embargo, soportó el... el interrogatorio con una sonrisa. Sin el menor gemido ni protesta. Dejó de sonreír cuando aparecieron sus tripas por la boca. Era un gran tipo.

—No te comportas como uno de tus héroes del *cómic*, Gifford.

—Apuesto a que le gustaría ser Clark Kent^[1] —dijo Scofield, riendo en desaforada carcajada su propio chiste.

Henry Hiller se había inclinado sobre el caído.

—Ayúdame, John...

Los dos hombres levantaron a Frank Gifford para acomodarlo en el sillón situado tras una mesa escritorio. Le fue aplicado el gollete de una botella de aguardiente. El líquido resbaló por la barbilla de Gifford, pero tragó el suficiente para reanimarlo.

Hiller había encendido un cigarrillo.

Lo depositó en los labios de Gifford.

—Bien, amigo Gifford... Volvemos al principio. De haber firmado este papel te hubieras ahorrado la paliza. Supongo que ya habrás recapacitado, ¿no es cierto? —Henry Hiller aproximó un papel que se hallaba sobre la mesa. Acercó también la pluma—. Firma la declaración, Gifford. ¿Quieres volver a leerla?

Frank Gifford succionó el cigarrillo ávidamente. Su respirar era aún entrecortado. Exhaló una bocanada a la vez que denegaba con un leve movimiento de cabeza.

—No obstante, te haré un pequeño resumen. La chica ha sido identificada como Katherine Address. Al menos ésa es la documentación encontrada entre sus ropas. Ya se determinará con más seguridad. Hemos enviado sus huellas al FBI. Encontraste a Katherine cerca del lago. Una chica joven y bonita. Iniciaste conversación con ella. Caminando, se alza ante vosotros el *bungalow* de Sarah Fisher y se os ocurre echar un vistazo. Mientras Katherine decide tomar un baño, tú te dedicas a admirar los objetos de valor. Te ilusiona el Van Gogh y lo guardas en tu mochila. También las ropas de Katherine Address. ¿Por qué? Habías decidido matarla. Así nadie te delataría del robo del Van Gogh.

Henry Hiller se aproximó. Apoyando sus manos sobre la mesa, se inclinó hacia Gifford. También John Scofield. El foco de la lámpara de mesa iluminó sus facciones acentuando la deformidad de su cabeza.

—Opino que intentó propasarse con esa Katherine Address. Creyó que todas las *hippies* son partidarias del amor. La chica le hizo babear, ¿eh, Gifford? Era condenadamente bonita... Cuenta lo que ocurrió...

Frank Gifford apartó el cigarrillo de sus labios.

Lentamente.

Para acto seguido escupir al rostro de Scofield.

—¡Maldito bastardo...! ¡Te voy a...!

El puño derecho de John Scofield salió impulsado con violencia contra la boca de Gifford, haciendo que un hilillo de sangre brotara de la comisura de sus labios.

Hiller se interpuso:

—¡Quieto, John! Sabes que no debemos golpearle en el rostro. Puedes pisotearle las tripas si ése es tu deseo, pero ninguna huella visible.

—Este hijo de perra se ha atrevido a...

—Esfuézate en disculparle. Gifford está un poco nervioso. ¿Verdad, amigo? Bien... Firma esta declaración y podrás llamar a tu abogado. Al gran Trevor Sondock de Los Angeles. ¿Qué decides?

Frank Gifford se pasó el dorso de la mano por los ensangrentados labios. Un rebelde destello relampagueó en sus grises ojos.

—Todo eso es falso...

—¿De veras? Es posible, Gifford. Pero tu historia de esa Lisette que se filtra por las paredes tampoco resulta muy convincente. Quiero adelantarte algo. A las pruebas del Van Gogh y las ropas de Katherine Andress encontradas en tu mochila, se añade la del arma homicida. Se ha comprobado, sin margen a la duda, que el punzón del hielo fue el arma utilizada para matar a la muchacha. En la empuñadura se han encontrado tus huellas, Gifford. Poco perderás con firmar esta declaración.

—No lo haré.

Henry Hiller se despojó de sus oscuras gafas. Por primera vez sus ojos quedaron al descubierto. Eran fríos e inexpresivos; sin embargo, paulatinamente, se reflejó en ellos un cruel brillo.

—Estás dificultando nuestra labor, Gifford..., y acabando con nuestra paciencia. Si eres inocente, el famoso abogado Sondock te sacará con bien. Puedes decirle que te obligamos a firmar.

Frank Gifford arqueó las cejas.

Desde que le encerraron en aquel despacho del Departamento de Policía de Grawsville, imaginó estar en poder de la vieja Gestapo. No se respetó ninguno de sus derechos. Negaron la presencia de un abogado y todo tipo de llamadas telefónicas. Estaba aislado. Con aquellos dos individuos que disfrutaban golpeándole para que firmara una declaración por ellos redactada.

Era algo más que un «tercer grado».

Y ahora...

Ahora proponían que firmara aconsejando que luego, en presencia de su abogado, dijera que fue obligado a ello.

Muy extraño.

A no ser que...

La hipótesis se grabó con fuerza en la mente de Frank Gifford. Dirigió una alternativa mirada a Hiller y Scofield.

Tal vez, una vez firmada aquella declaración, le dieran muerte. De ahí que no les importara lo que pudiera decir.

Sí.

Le habían sentenciado.

Hiller y Scofield, más que policías, eran verdugos.

—No firmaré —silabeó Frank Gifford entre dientes—. Adelante. Seguir golpeando hasta que escupa las tripas... Posiblemente muera a vuestras manos, pero no firmaré.

Hiller y Scofield intercambiaron una mirada.

Ambos sonrieron.

En demoníaca mueca.

—Nos conoces muy poco, Gifford... Ahora nos vamos a emplear a fondo...

Los dos hombres se abalanzaron sobre Gifford.

El cruel castigo volvía a reanudarse. Ningún golpe en el rostro. Ninguna huella visible.

Henry Hiller y John Scofield eran dos expertos.

Harían un buen trabajo.

* * *

Arthur Fleischer forzó una sonrisa.

El sudor trazaba repetidos surcos en su adiposo rostro. Ya no eran producto del calor. Éste había perdido virulencia; pero el *sheriff* de Grawsville seguía sudando como un condenado.

La persona que estaba frente a él le atemorizaba.

—¿Has dicho Frank Gifford?

—Sí.

—Ese nombre me resulta familiar...

—Es... es dibujante... Publica diariamente una «tira» en varios periódicos de California. Su nombre figura en...

—Eres un estúpido, Arthur. Te ordené iniciar el trabajo cuando se consiguiera un... un culpable ideal. Un desconocido. Un *hippy* o un vagabundo. Y tú eliges a Frank Gifford.

—¡No podía sospechar que se tratara de un individuo popular...! Se instaló en el lago... en una vulgar tienda de campaña... Creí ver el momento de empezar el plan. Demorarlo por más tiempo puede resultar peligroso.

—Eso ya lo sé, Arthur. ¿Cómo se desarrolló todo?

—Conforme a lo trazado. Lisette hizo un buen trabajo —sonrió el *sheriff* algo más tranquilo—. Frank Gifford aceptó acompañarla al *bungalow*. Dejó sus huellas en el punzón del hielo y permaneció en el salón hasta que, cansado de esperar, penetró en el dormitorio, descubriendo el cadáver de Katherine Andress. Está aturdido por la misteriosa desaparición de Lisette. También de su mochila sacamos las ropas de Katherine y el Van Gogh.

—¿Ha firmado la declaración?

La sonrisa fue desapareciendo paulatinamente del rostro de Arthur Fleischer.

Temiendo la posible reacción de su interlocutor.

—Pues... aún no. Es un tipo tozudo. Henry y John siguen con él, aunque dudo que consigan algo.

—Soltarle.

El *sheriff* parpadeó.

Incrédulo por la orden recibida.

—¿Soltarle?

—Eso he dicho. Nuestro primitivo plan sufrirá ligeras modificaciones, pero sin apartarse de lo proyectado. No quiero que Frank Gifford muera en el «tercer grado» a que le están sometiendo. Ocasionaría mucho revuelo. Dejarle en libertad. Será vigilado a cada instante, sin permitirle abandonar Grawsville. Controlando todos sus movimientos. Yo daré las órdenes oportunas. Convertiremos a ese Frank Gifford en un peligroso asesino que, cometidos sus crímenes, morirá a manos de la policía de Grawsville. Todo conforme al plan trazado.

—Sería más prudente mantener a Gifford bajo custodia. Se podría simular su huida y...

—Límitate a obedecer, Arthur. El plan es demasiado complicado para tu escasa inteligencia. Ya has cometido un error. The Spider es indulgente, pero no consentirá un segundo fallo. Recuérdalo.

Una cadavérica palidez se apoderó de Arthur Fleischer. Quiso hablar, pero el miedo hizo que sus gruesos labios balbucearan sin emitir sonido. Se incorporó para acompañar a su interlocutor hasta la puerta, aunque no lo consiguió. Era demasiado torpe de movimientos. Cuando logró levantar su voluminoso cuerpo, ya estaba solo en el despacho.

El *sheriff* secó nerviosamente el sudor de su rostro.

Pulsó una palanca del interfono situado sobre la mesa escritorio.

—Henry y John... que acudan a mi despacho. De inmediato.

Arthur Fleischer se dejó caer nuevamente en su sillón.

Dejar en libertad a Gifford...

Quedó pensativo. Instintivamente, comenzó a cabecear a la vez que la sonrisa retornaba a sus labios.

Si.

Era una magnífica idea.

Frank Gifford, en libertad por las calles de Grawsville, se iría involucrando poco a poco. Lentamente se vería sumergido en un mar de sangre. Sin salvación posible.

Y el final...

El diabólico plan tenía que culminar con la muerte de Frank Gifford.

CAPÍTULO V

Frank Gifford entornó los ojos.

Fijos en el apacible rostro del *sheriff*.

—No comprendo... ¿Estoy en libertad?

—Nada de eso, Gifford. Pesa sobre usted una grave acusación de asesinato. Para ser más exactos, es nuestro principal sospechoso. El fiscal del distrito se encuentra con su familia en la Palomar Mountain. Posiblemente regrese mañana. El domingo es un mal día para trámites oficiales. Usted es persona popular en California. Incluso en todo Estados Unidos. Se le conoce y admira por sus héroes del *cómic*. Quiero hacer las cosas bien. Si el fiscal del distrito considera que las pruebas obtenidas son suficientes, será encarcelado bajo la firme acusación de asesinato. Mientras tanto puede deambular tranquilamente por Grawsville. No intente salir del pueblo, Gifford. No llegaría muy lejos. Su mochila y demás pertenencias quedan en nuestro poder. Puede llevarse el billetero, reloj, encendedor y demás objetos personales.

Gifford centró su mirada en la mesa.

Allí estaba su billetero, el reloj, la cajetilla de tabaco, el llavero de oro...

—La policía local es sumamente desconcertante, *sheriff*. También su determinación me sorprende. No me parece... legal.

—¿De veras? ¿Prefiere quedarse en una de las celdas hasta que llegue el fiscal?

Frank Gifford sonrió.

—Puede retenerme sin esa orden del fiscal, *sheriff*. Y usted lo sabe. Al igual que conoce la ilegalidad de un interrogatorio sin estar en presencia de mi abogado. Además no...

—¿Quiere quedarse? —interrumpió Arthur Fleischer.

—No, *sheriff*. Agradezco su... invitación. No conozco Grawsville, pero cualquier pocilga será mejor que su Departamento.

—No olvide mi advertencia, Gifford. Todo intento de abandonar Grawsville será cortado.

—No se preocupe —replicó Frank Gifford, guardando sus objetos personales—. Sólo cometo una estupidez al día. Intentar huir, con una sospecha de asesinato sobre mi cabeza, en nada me beneficiaría. Adiós, *sheriff*.

—Un momento... Me olvidaba de un pequeño detalle. Un requisito sin importancia. ¿Quiere firmar aquí, por favor?

Arthur Fleischer tendió una hoja de papel.

En ella se declaraba que Frank Gifford había sido voluntariamente interrogado en la oficina del *sheriff* de Grawsville, sin que hubiera sufrido daño alguno ni presiones al margen de la ley.

Los grises ojos de Gifford centellearon.

Con furia mal contenida.

—¿Ocurre algo, Gifford? —inquirió Fleischer con marcada ironía—. ¿No está conforme con lo escrito? ¿Tiene alguna reclamación que formular?

La prudencia aconsejó a Frank Gifford a guardar silencio. Firmó el papel. Deseaba salir de allí por encima de todo. Fuera de aquel maldito edificio podría establecer contacto con Los Angeles y solicitar ayuda.

—¿Algo más, *sheriff*?

—Nada... por el momento, Gifford. Hasta pronto. Espero que disfrute de la hospitalidad de Grawsville.

Frank Gifford ignoró el burlón comentario.

Giró sobre sus talones abandonando el despacho.

Atravesó una amplia sala donde varios agentes uniformados deambulaban por entre mesas y archivadores. Al alcanzar la salida, se cruzó con Henry Hiller. Se miraron fijamente, aunque sin intercambiar palabra alguna.

Frank Gifford salió del edificio.

Inspiró profundamente.

Al llenar de aire sus pulmones, un lacerante dolor se apoderó de su costado izquierdo. Palideció. Los golpes recibidos aún se acusaban. Afortunadamente creía no tener ninguna costilla rota.

Consultó la esfera de su reloj.

Eran las trece horas.

Gifford rememoró su despertar a orillas del lago. En aquel maravilloso lugar. La llegada de Lisette, el *bungalow*, el cadáver de Katherine Andress y su... interrogatorio en la oficina del *sheriff*.

Todo en pocas horas.

Vertiginosamente.

Como una horrible pesadilla.

Y aún permanecía en ella.

El estar en libertad todavía inquietaba más a Frank Gifford. Ignoraba por qué le habían permitido salir. Todo era muy extraño. Un comportamiento nada lógico en los representantes de la ley de Grawsville.

¿Por qué le habían puesto en libertad?

Encendió un cigarrillo.

Lo único cierto, es que su situación en poco había cambiado. Seguía siendo sospechoso de asesinato. Con aplastantes pruebas en su contra. Las ropas de la víctima en su poder, sus huellas en el arma homicida, el supuesto robo del valioso Van Gogh...

Debía solicitar ayuda de inmediato. Antes de que el cerco se cerrara todavía más.

Se introdujo en un taxi.

El conductor, un individuo de rostro somnoliento, ladeó la cabeza para inquirir:

—¿Adónde?

—Una vuelta por la ciudad.

El hombre creyó haber oído mal.

—¿Cómo ha dicho?

—Soy forastero y quisiera conocer los lugares más interesantes de Grawsville.

—Ésos... lugares aún permanecen cerrados, amigo. Es demasiado temprano.

—No me refiero a centros de diversión, sino a la ciudad propiamente dicha. Monumentos, plazas, edificios públicos...

El conductor acentuó su estupor.

—*Okay*, compañero; aunque me temo que se vaya a llevar una desilusión. Grawsville no es gran cosa. Muy pocos forasteros se detienen aquí. Todos siguen viaje hacia la autopista de Fresno, la de

Bishop o la que conduce a Las Vegas.

El auto había iniciado la marcha.

Frank Gifford se reclinó en el asiento.

—¿Cuántos habitantes?

—¿Grawsville...? Alrededor de los cuatro mil. Ya se lo advertí. Esto es muy aburrido. Aquí sólo pernoctan los hombres de negocios relacionados con la Crooker Motor.

—¿Está instalada en Grawsville?

—En efecto. En un polígono de las afueras. Un ochenta por ciento de los habitantes de Grawsville trabajan para la Crooker Motor. De ahí que el pueblo resulte algo muerto. A la noche, con el regreso de los trabajadores, se anima un poco el ambiente. Y los domingos los dedican a descansar. Sin apenas salir de sus casas.

El auto se adentró por una ancha avenida escoltada por enrejados árboles. Allí parecían alzarse los mejores edificios. La calle desembocaba en una circular plaza cuyo centro se adornaba con una fuente de surtidores.

—Estamos en la Evans Avenue. La vía principal de Grawsville. Es el centro del pueblo. Aquella plaza de la fuente es Asian Square.

Los grises ojos de Gifford observaban todo detenidamente.

Grawsville parecía, en efecto, una ciudad muerta. El tráfico era casi nulo y los peatones escasos. Almacenes, supermercados y demás comercios ofrecían un triste aspecto. Con sus puertas herméticamente cerradas.

El domingo, día de descanso y diversión, no parecía influir en los habitantes de Grawsville.

El coche no se adentró en la circular plaza. Se desvió por una de las bocacalles de la Evans Avenue, prosiguiendo el recorrido por la localidad. En una amplia circunvalación que terminó al divisar nuevamente, ahora por el lado opuesto, la Asian Square.

Frank Gifford comprendió que el trayecto había llegado a su fin.

Su impresión no pudo ser más pesimista.

Grawsville era lo más semejante a una ratonera.

—¿Dónde le dejo?

—¿Hay algún hotel cercano?

—Aquí mismo, en Asian Square, está el Felton Hotel. Le gustará. Es una de las pocas cosas de las que nos sentimos orgullosos.

El auto realizó el obligado giro a la fuente de Asian Square para

poder así estacionar frente al mencionado hotel. Un edificio de cuatro plantas.

Gifford añadió un par de dólares a la tarifa.

—¿Conoce a Sarah Fisher?

—Por supuesto, señor. Es persona muy apreciada en Grawsville. Fundó la Biblioteca, la piscina pública y colabora para el mantenimiento de nuestro hospital-escuela. Una gran mujer.

—¿Y su domicilio?

—Antes hemos pasado por delante de la casa. Es el 133 de la Evans Avenue.

—Gracias, amigo.

Frank Gifford descendió del auto.

Trazó una amplia mirada por Asian Square.

Aquello era sin duda el lugar más animado del pueblo. Todo parecía haberse centrado allí. Predominaba un público joven que se agrupaba a la entrada del cinematógrafo, de los *snacks* y de un par de discotecas. Proliferaban los lugares de diversión. Como si la Asian Square los tuviera en exclusiva.

Los ojos de Gifford descubrieron el «Pontiac» negro. Con John Scofield al volante. Estaba aparcado dos manzanas más abajo.

No sorprendió a Gifford.

Desde que saliera de la oficina del *sheriff*, se percató de que era seguido por el «Pontiac». Y estaba seguro de que Scofield no sería el único sabueso a seguirle.

Penetró en el hotel.

El taxista no había exagerado. El establecimiento contaba con un lujo y confort excesivo para un villorrio como Grawsville. La sala de recepción estaba amueblada con elementos clásicos en diferentes líneas.

Frank Gifford llegó ante el mostrador.

El conserje, un individuo joven y amanerado, le dedicó una sonrisa que rezumaba hipocresía.

—Buenas tardes, señor.

—Quisiera una habitación. A ser posible con baño.

El recepcionista simuló consultar el casillero. Luego desvió su mirada hacia Gifford.

—Correcto, señor. Habitación 307.

—¿No puede ser en el primer piso?

—Lo lamento. Tercera o cuarta planta. ¿Quiere firmar en el registro, por favor?

Frank Gifford cumplió el requisito.

La llave había sido depositada sobre el mostrador. Sin ningún otro trámite.

—Dado que no llevo equipaje le abonaré por adelantado.

—No es necesario, señor.

Gifford esbozó una sonrisa.

Aquel fulano ya estaba advertido. De ahí la habitación en un tercer piso para dificultar una posible huida, el no intrigarle el aspecto de Gifford, sin equipaje y con vestimenta de *camping*; y el no exigir el pago por anticipado.

—Aquí las noticias vuelan, señor —dijo el conserje, leyendo los pensamientos de Gifford—. Éste es un pueblo pequeño. Sé que no intentará marchar sin abonar la factura del hotel. Tiene otros problemas más... graves.

—¿Cuál es tu nombre?

—Lang, señor. Andrew Lang.

—*Okay*, Lang... Voy a ser sincero contigo. No me agrada tu sonrisa de suficiencia. En otra ocasión me hubiera resultado indiferente, pero hoy llevo un mal día. Tú lo has dicho. Estoy en dificultades. Involucrado en el feo asunto que ya conoces. ¿Crees que me comprometería mucho el romperte la boca?

El llamado Lang dejó de sonreír.

—No era mi intención...

—Olvídalo. Quiero comunicación con Los Angeles. Me puedes pasar la llamada a la habitación. El número es el...

—Lo lamento, señor —interrumpió el conserje sin evitar una leve ironía—. La línea con Los Angeles está averiada.

—Entonces llamaré a San Francisco o Sacramento.

—Existe una avería general, señor. Grawsville ha quedado aislada telefónicamente.

Frank Gifford apretó con fuerza las mandíbulas. Nuevamente se sintió dominado por la ira. De buen grado hubiera aplastado la cabeza del recepcionista, pero con ello no solucionaba el problema.

Atrapó la llave, girando en dirección a la salida.

Al fondo de la sala de recepción se veía la puerta que conducía al restaurante del hotel. Frank Gifford no había probado alimento

en todo el día; pero su cuerpo estaba demasiado castigado para admitir bocado alguno.

Deambuló por Asian Square.

Cruzándose con bulliciosas parejas de jóvenes, con hombres y mujeres que paseaban despreocupadamente.

La plaza de cualquier pueblo californiano.

Pero Grawsville era distinto.

Algo extraño flotaba en el ambiente. Un penetrante y nauseabundo hedor a podrido.

Frank Gifford se percató de ello.

El *sheriff* Fleischer había cursado órdenes tajantes para impedir que se comunicara con Los Angeles. ¿A todo el pueblo? ¿Todos los habitantes siervos de Arthur Fleischer?

Era poco probable.

Frank Gifford tenía que actuar solo. Sin ayuda. Investigar para así poder contrarrestar las aplastantes pruebas en su contra. Antes de que fuera demasiado tarde. Mañana, de ingresar nuevamente en la oficina del *sheriff*, ya no tendría salvación.

Por eso debía actuar.

Y su único punto de partida era la propietaria del *bungalow* donde se encontró el cadáver.

Sarah Fisher.

CAPÍTULO VI

El 133 de la Evans Avenue correspondía a una casa de dos plantas. De moderna construcción. Una aristocrática mansión. El interior no desmentía la magnífica impresión de la fachada. Selecto mobiliario. Con un lujo no carente de distinción.

Una doncella condujo a Frank Gifford al despacho-biblioteca.

Quedó solo en la estancia.

La espera no se prolongó más de cinco minutos. La puerta se abrió para dar paso a una mujer de unos treinta años de edad.

Supuso que se hallaba ante Sarah Fisher.

Y parpadeó sorprendido.

Impresionado por la belleza de la mujer. Su cabello era de un negro intenso. Al igual que sus ojos color de ágata. Su rostro, de pómulos ligeramente salientes, poseía un extraño atractivo. También su cuerpo era digno de admiración. En un grado de armonía y seducción que sólo se alcanza cuando las mujeres pasan de los veinticinco a los treinta años de edad.

Sarah Fisher estaba en plena sazón.

Sin ninguna duda.

Lucía una elegante blusa en satén que modelaba la redondez de sus prominentes senos. La negra falda, sujeta con cinturón rojo, no simulaba la provocativa curva de sus caderas.

La mujer se percató del examen a que era sometida, pero no pareció ofenderse. Incluso en sus carnosos labios se esbozó una sonrisa.

Gifford correspondió a ella.

—Gracias por recibirme, señora Fisher.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Gifford entornó los ojos temiendo que la mujer no estuviera al

corriente de la acusación que pesaba sobre él.

—Soy Frank Gifford.

—Ya me lo anunció mi doncella, Gifford —sonrió Sarah Fisher indicando con su diestra que tomara asiento—. Sé que le acusan de la muerte de la muchacha hallada en mi *bungalow* del lago.

—¿Y aun así me ha recibido?

La mujer se acomodó en uno de los sillones. Cruzó las piernas mostrando con generosidad sus piernas de largos y esbeltos muslos enfundadas en finas medias.

—Por dos razones. Está usted en libertad. Ello significa que ya no le culpan de asesinato. Además, su nombre es popular en toda California. Yo, personalmente, me confieso su admiradora. Sigo con frecuencia su «tira» en los periódicos. Un hombre de su valía no puede cometer un crimen tan monstruoso movido por la ambición.

Frank Gifford tomó asiento frente a la mujer.

Sonrió.

—Agradezco sus palabras, pero me temo que la acusación de asesinato sigue pesando sobre mí. El que esté en libertad nada significa. Posiblemente mañana se formalice la orden de detención. Y en esta clase de delitos no es posible una fianza.

—El *sheriff* Fleischer habló de convincentes pruebas contra usted.

—Cierto.

—Me sorprende que le haya dejado en libertad.

—También a mí, pero las autoridades de Grawsville son muy... especiales. ¿Está al corriente de lo sucedido en su *bungalow*?

—Sí, por supuesto. Arthur Fleischer me informó de todo. Me hizo acudir a su oficina para identificar el Van Gogh y también al *bungalow* para que declarara la falta de algún otro objeto. Todo parecía estar en orden.

Frank Gifford extrajo su cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo después de que la mujer rechazara el ofrecimiento.

—Estoy realmente aturdido... En el lago conozco a una muchacha que dice llamarse Lisette Fisher. Me invita a su *bungalow*, y allí desaparece misteriosamente dejándome con el cadáver de una muchacha en la bañera. Mi tienda de campaña, a orillas del lago, aparece empacada, dentro de la mochila, en el garaje del *bungalow*. Junto con ropas femeninas y un valioso cuadro de Van Gogh que

poco antes colgaba de la pared de la chimenea.

—¿En la chimenea? Allí siempre figuró una reproducción de Savage... El Van Gogh, dado su valor, lo tenía en la caja fuerte del *bungalow*.

Gifford arqueó las cejas.

—¿Está segura de eso?

—Por completo. Lo adquirí recientemente en una subasta de arte celebrada en Nueva York. Lo quería trasladar aquí, pero siempre fui demorando el momento.

—Yo vi ese cuadro en la pared de la chimenea del salón.

—Es extraño...

—Todo está planeado. Forma parte de un complot contra mí. Querían un culpable y yo fui el elegido para cargar con la muerte de Katherine Andress. Mis huellas en el arma homicida, el supuesto robo del Van Gogh, las ropas de la víctima en mi poder... Pruebas suficientes para que el fiscal más novato me envíe a la cámara de gas.

—Si todas las pruebas son falsas, el *sheriff* Fleischer descubrirá al verdadero culpable.

Frank Gifford estuvo tentado de proferir una irónica carcajada.

Los métodos de Arthur Fleischer y sus hombres distaban mucho de la ley.

—¿Conocía a la víctima? Me refiero a Katherine Andress. ¿Era de Grawsville?

—No.

—¿Y Lisette Fisher? Bueno... quiero decir la que se hizo pasar por Lisette Fisher.

La mujer sonrió.

—Lo ignoro. Si utilizó un nombre falso no puedo responder a su pregunta. No tengo familia, Gifford. Ni hermanos ni hijos con mi apellido.

—¿No lleva el de su difunto marido? —Ante el estupor de la mujer, Gifford añadió—: Me informaron de que era viuda.

—En efecto. Me casé muy joven. Mi marido, Stephen Marshall, falleció hace ocho años. A los pocos meses de su regreso de Vietnam. Volví a mi apellido de soltera. Sarah Fisher. Aquí, en Grawsville, todos me llaman Sarah. Le ruego haga lo mismo, Gifford.

—Frank.

Los carnosos labios de Sarah Fisher acentuaron la sonrisa.

—De acuerdo, Frank.

Gifford extrajo de su chaquetilla un rectangular cuaderno. También se apoderó del rotulador acoplado en el bolsillo superior de la camisa. En una de las hojas en blanco, comenzó a dibujar. En rápidos y seguros trazos. A los pocos minutos tendió el cuaderno a Sarah Fisher.

—Ésta es la muchacha que se hacía llamar Lisette Fisher. El pelo, aunque ahí está en negro, era rubio como el fuego. No descarto la posibilidad de que fuera teñido o utilizara peluca. ¿Le resulta familiar el rostro?

Sarah fijó su mirada en el dibujo. Lentamente movió la cabeza de un lado a otro.

—No... Lo lamento...

—Ella sí parecía conocerte. Al menos sabía que el *bungalow* era de tu propiedad.

Él tuteo fue aceptado por Sarah.

—Ello nada significa, Frank. Pudo leerlo al pie del camino que conduce al *bungalow*. Allí se advierte que el terreno es propiedad privada. Perteneciente a S. Fisher. ¿No lo has visto?

—Yo llegué por la zona del lago.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Sin esperar el consentimiento, Sarah inquirió—: ¿Qué hacías a orillas del lago? ¿Es cierto que acampaste allí? ¿Durante toda la noche?

—Sí.

—¿Por qué?

Gifford exhaló una bocanada de humo.

—La respuesta resulta ahora irónica, Sarah... Llegué en busca de paz y tranquilidad. Quise alejarme de la jungla de asfalto de Los Angeles. ¡Y ahora la añoro con todas mis fuerzas!

—Estoy convencida de que todo saldrá bien, Frank. Si en algo puedo ayudarte...

—Ya lo has hecho al responder a mis preguntas. Has sido muy amable al recibir a un sospechoso de asesinato y al que intentó robar tu Van Gogh.

—No digas tonterías. Pronto se solucionará todo.

Frank Gifford se incorporó aplastando el cigarrillo en el cenicero

depositado sobre la mesa.

—Con las pruebas que tienen contra mí, declararían culpable al mismísimo presidente de Estados Unidos.

De pronto, los ojos de Gifford quedaron fijos en el teléfono situado en la mesa. Desvió la mirada hacia la mujer.

—¿En verdad quieres ayudarme?

—Por supuesto, Frank.

—Desearía telefonar a Los Angeles.

La petición pareció sorprender a Sarah.

—Creí que ibas a solicitarme algo de mayor importancia. Puedes telefonar desde cualquier cabina pública, pero si prefieres hacerlo desde aquí...

Frank Gifford anotó un número en el cuaderno.

—Solicita esta llamada a la central. No sospecharán si escuchan tu voz y procede de esta casa.

—¿Sospechar? ¿Quién? No comprendo...

—Por favor, Sarah.

—De acuerdo.

La mujer atrapó el micro. Su dedo índice hizo girar el dial. Al recibir contestación de la central de Grawsville, dio el número deseado. A los pocos segundos tendió el auricular a Gifford.

—Está sonando la señal de llamada, Frank.

Gifford aferró el aparato. Con fuerza. Los nudillos de su diestra blanquearon. Trevor Sondock, uno de los mejores abogados de California, era su íntimo amigo. Él le ayudaría a salir de aquel maldito embrollo.

La señal de llamada se sucedió.

Breves minutos que para Gifford fueron una eternidad.

Le llegó una voz femenina.

—No contesta el abonado de Los Angeles... ¿Quiere que insista más tarde?

Frank Gifford colgó el auricular sin pronunciar palabra. Dirigió una sonrisa a Sarah Fisher.

—Hoy no es mi día de suerte. Quería hablar con Trevor Sondock. Es un abogado de Los Angeles.

—El domingo es difícil localizar a las personas en sus domicilios.

Gifford recordó las palabras de Henry Hiller.

«Prohibido asesinar en domingo».

—Oye, Sarah... Necesito comunicación con Sondock. ¿Te molestaría que lo intentara nuevamente esta noche?

—¿Desde aquí?

—Sé que te parecerá absurdo, pero en el Felton Hotel me negaron comunicación con Los Angeles o cualquier otra ciudad. El *sheriff* Fleischer dio esa orden. Y apuesto a que en la centralilla de Grawsville están advertidos. Puede que conste el teléfono de Sondock y retengan toda llamada.

—¿Por qué iba Arthur Fleischer a hacer semejante cosa? Tienes derecho a un abogado.

—Ocurren muchas cosas difíciles de explicar y comprender, Sarah. Te ruego que permitas...

—Ya te he dicho que quiero ayudarte, Frank —interrumpió la mujer—. Esta noche ceno fuera de casa, pero a partir de las ocho me encontrarás aquí. Tomaremos un *brandy* y podrás hacer esa llamada.

—Gracias, Sarah.

La mujer pulsó un botón situado bajo una de las esquinas de la mesa escritorio.

Apareció la doncella. Esperó discreta en el umbral.

Frank Gifford estrechó la mano de la mujer.

—Gracias otra vez, Sarah.

—Sigo opinando que no he hecho nada de importancia, Frank. Si esta noche no consigues comunicación con Los Angeles, yo te proporcionaré un buen abogado.

—No olvidaré lo que estás haciendo por mí, Sarah. Adiós.

Gifford abandonó el despacho acompañado por la sirvienta.

Poco más tarde, avanzaba por la Evans Avenue con un cigarrillo humeando en sus labios. Se encontraba algo más tranquilo después de su conversación con Sara Fisher. Aquella mujer debía ser alguien importante en Grawsville. Se mostraba muy segura de sí. Y, lo que era más positivo, confiaba en él y estaba dispuesta a ayudarlo.

Frank Gifford ya no se hallaba solo.

De ahí su moderado optimismo.

Llegó ante el Felton Hotel. Penetró en el edificio para encaminarse al *snack*. Retornó a la sala de recepción con una botella de «Johnnie Walker» y varias cajetillas de «Winston».

El conserje se encontraba en animada conversación con unos

clientes.

Gifford se introdujo en la cabina del elevador pulsando el mando correspondiente a la tercera planta. Se sentía algo cansado. El dolor en su costado izquierdo aún persistía dificultando su respiración. Por ello decidió retirarse y descansar un par de horas. No tenía hambre, pero sí deseaba un largo trago de *whisky*.

El elevador se detuvo.

Frank Gifford recorrió un alfombrado pasillo con puertas a ambos lados. Descubrió la señalizada con el número 307. Al introducir la llave en la cerradura, giró la cabeza experimentando la sensación de que era observado por alguien.

No se equivocó.

Vio cerrarse rápidamente una entreabierta puerta del corredor. La correspondiente a la habitación 304.

Gifford terminó por encogerse despreocupadamente de hombros.

Sin duda alguno de los sabuesos del *sheriff* controlaba el pasillo del hotel para vigilarle.

No le dio importancia.

Se introdujo en su habitación cerrando tras de sí. No tuvo tiempo de inspeccionar la estancia, ya que apenas entrar sonaron unos golpes a la puerta.

Frank Gifford, aún con la botella de *whisky* bajo el brazo, acudió a abrir.

Parpadeó estupefacto.

Paralizado por la sorpresa.

Su visitante era una mujer.

Joven.

Una muchacha de color.

Con una vestimenta poco apropiada para realizar visitas. Un corto *deshabillé* por arriba del muslo. Muy transparente. Permitiendo ver el dos piezas en tul de nylon blanco. Un favorecedor y provocativo conjunto que contrastaba con la negra piel de la mujer.

El espectáculo era turbador.

Los senos femeninos, tersos y opulentos, eran difícilmente controlados por la reducida prenda. La cimbreante cintura de odalisca se complementaba con la redondez de sus caderas.

Como una diosa de ébano.

Pero todo aquello careció de importancia para Frank Gifford. Su sorpresa no era motivada por encontrarse frente a una mujer en provocativo *deshabillé*. En otras circunstancias sí le hubiera causado asombro y admiración; pero ahora toda su atención se centraba en la mano derecha de la mujer. Ignorando sus visibles encantos.

En la mano derecha de la mujer que empuñaba con firmeza una «Super-Star» con tubo silenciador enroscado al cañón.

—¿Qué significa...?

La mujer le interrumpió.

—¿Eres tú Frank Gifford?

—Sí...

Sin mediar ninguna otra palabra, la mujer apretó el gatillo.

Fríamente.

A quemarropa.

CAPÍTULO VII

Alzó el cañón.

El largo tubo del silenciador apuntó a la cabeza de Gifford. Aquel movimiento del arma fue revelador. Incluso se puede decir que le salvó la vida.

Frank Gifford intuyó que iba a apretar el gatillo.

Y así fue.

Un seco taponazo, como el descorchar de una botella de champaña, resonó levemente.

Gifford, en instintivo movimiento, echó la cabeza hacia atrás. Pudo percibir el ardiente plomo silbar rozando su sien izquierda. El cárdeno fogonazo le cegó.

Una fracción de segundo.

Reaccionó.

No debía dar ocasión a un segundo disparo.

Con el filo de su mano izquierda golpeó la muñeca de la muchacha. Un golpe seco y preciso que hizo abrir los dedos dejando escapar la peligrosa «Super-Star».

Pero no terminó todo ahí.

La mujer no se dio por vencida.

Con salvaje grito de fiera herida se abalanzó sobre Frank Gifford. Con las manos extendidas hacia su rostro. Con el firme propósito de arrancarle los ojos, Gifford, al tratar de esquivar la acometida, trastabilló. Cayó, pero no sin antes aferrarse a la cintura femenina.

Ambos rodaron por el suelo.

Gifford sonrió.

La victoria, lógicamente, estaba de su lado. Quedaron inmóviles, Su cuerpo aplastaba al de la joven controlando todo movimiento

agresivo. Le atenazó las muñecas obligándola a poner los brazos en cruz.

—¡Quieta ya, fiera!

La muchacha aún se debatía, pero con escaso entusiasmo. Reconociendo la inutilidad de sus esfuerzos. Sus senos, semiocultos por la fina prenda superior, subían y bajaban en descompasado respirar.

—Maldita sea... ¿Te quieres estar quieta...? Obedece o...

Los ojos de la mujer relampaguearon de ira. Alzó levemente la cabeza para escupir al rostro de Gifford.

—¡Puedes matarme, bastardo! ¡Termina ya de una vez! ¡Acaba conmigo al igual que has hecho con Katherine! ¡Adelante!

Frank Gifford dudó.

Tenía dos alternativas.

Abofetearla o...

Se decidió por la segunda.

La más acorde con sus principios.

Sujetando en cruz los brazos de la muchacha, se inclinó sobre ella buscando sus gordezuelos labios. La besó con fuerza. Rudamente. Sintió que el cuerpo de la mujer, tras una breve tensión, perdía rigidez. Puede que sorprendida por la reacción de Gifford.

El estupor se acentuó al ver cómo Frank Gifford se incorporaba dejando de aprisionarla. Fue en busca de la caída «Super-Star». Se apoderó del arma para acto seguido cerrar la puerta de la habitación.

Sus grises ojos se posaron en la mujer.

Sí.

Como una diosa de ébano.

La atrevida combinación, con las dos prendas interiores en blanco, acentuaba su morena piel.

Era mulata.

Endiabladamente seductora.

—¿Cuál es tu nombre?

La joven continuaba en el suelo.

Sonrió despectiva dejando al descubierto su nivea dentadura.

—Demasiado lo sabes, hijo de perra... ¡Acaba conmigo! ¡No te tengo miedo, sucio asesino!

Frank Gifford inspiró profundamente.

—Oye, nena... Yo no maté a Katherine Address. Y, por supuesto, ignoro quién eres tú y por qué has intentado matarme.

—¿A quién tratas de engañar? Sé que te sorprendieron junto al cadáver de Katherine, con tus huellas en el arma homicida... con todas las pruebas en tu contra. ¿Por qué estás en libertad? ¡Yo lo sé! Ellos han intervenido sobornando a la policía de Grawsville. Conozco tu misión, Frank Gifford. Acabar con Katherine Address, conmigo y con Claire Reed.

—No sé de qué diablos estás hablando.

—Has conseguido matar a Katherine, pero no...

—¡Basta ya, maldita sea! —gritó Gifford avanzando hacia la joven—. Escucha con atención, muñeca. Yo no maté a Katherine Address. Desconozco quién es Claire Reed y a ti es la primera vez que te veo. ¿Entiendes? Tengo un bonito apartamento en Beverly Hills y trabajo como un condenado para ganarme el pienso. Ayer tuve la estúpida y nefasta idea de pasar el *week-end*

fuera de Los Angeles. Deambulé sin rumbo hasta llegar al lago de Grawsville. Y allí, una bella sirena de pelo rubio, me engatusó llevándome al *bungalow* de Sarah Fisher. Con su dulce sonrisa hizo que mis huellas quedaran en el punzón de partir el hielo; y que resultó ser el arma homicida. Luego, desapareció dejándome con el cadáver de Katherine Address. La policía local me propinó una brutal paliza para que me declarara culpable del crimen. Al no conseguirlo me soltaron, pero de seguro mañana volverán a caer sobre mí. ¡Y eso es todo lo que sé!

La muchacha había escuchado en silencio.

Con interés e incredulidad.

Movió levemente la cabeza de un lado a otro.

—No te creo.

—*Okay*, nena. Entonces, toma tu pistola y lárgate. Necesito descanso.

Frank Gifford giró sobre sus talones. Recogió del suelo la botella de *whisky*. Afortunadamente estaba intacta.

Volvió la mirada.

—¿Aún estás aquí?

La mulata permanecía con la «Super-Star» entre sus manos. En

su bello rostro una mueca de profundo estupor. Parpadeó repetidamente.

—Yo... no sé qué decir... ¿En verdad no has matado a Katherine?

—No. Me tendieron una trampa. Querían un culpable y yo fui el elegido.

—No comprendo...

—¡El único que no comprende nada soy yo! Oye, nena... Creo que ambos necesitamos ayuda. ¿Por qué no empiezas por decirme tu nombre?

—Sandra Lorre.

Frank Gifford sonrió acomodándose en el suelo junto a la muchacha. Abrió la botella acoplando el gollete a sus labios.

—Perfecto, Sandra. Ya hemos dado un gran paso. ¿Por qué no me cuentas el resto de la historia? ¿Quién os quiere matar? ¿Quién es esa Claire Reed? ¿Qué haces en Grawsville?... Ah, diablos... ¡son demasiadas preguntas!

—¿Cómo era la chica rubia? La que te llevó al *bungalow* del lago. Gifford extrajo su cuaderno.

Lo abrió por la hoja donde dibujara a la joven del lago.

Las facciones de Sandra Lorre se endurecieron.

—Ahora sí te creo, Frank. Esta víbora es Lisette Mason. Controla la zona de Nueva York. No es rubia. Sin duda utilizó una peluca o se hizo teñir el pelo. Ignoraba que se hallaba en Grawsville. Eso significa que nos han sentenciado. Ya ha muerto Katherine. Quedamos Claire y yo.

Gifford alzó su mano izquierda.

—Despacio, Sandra, despacio... No entiendo absolutamente nada. ¿Qué es eso de controlar la zona de Nueva York? ¿Por qué no...?

—Tienes razón —sonrió la mulata en amarga mueca—. Mejor será comenzar la historia por el principio. Te sorprenderá, Frank. Te asombrará conocer el grado de maldad que puede alcanzar el ser humano.

CAPÍTULO VIII

La muchacha aceptó el cigarrillo ofrecido por Gifford.

—Exhaló una bocanada de azulado humo que por un instante semioculto sus facciones.

—Yo nací en Lynchburg. En el estado de Virginia. Mis padres murieron cuando yo contaba diez años de edad. Desempeñé varios trabajos. Duros y humillantes. Propios para una mujer de color. Fue a la edad de quince años cuando tuve la desgracia de caer en las garras de la organización. Tenía un bonito cuerpo. Muy bien formado para una chiquilla de quince años. Un hombre, un tal Delmer Butler, me ofreció un fabuloso contrato como modelo. Sospeché algo turbio, pero no dudé en aceptar.

—¿Por qué?

—En Lynchburg, en un colegio para vagabundos y miserables, quedaba mi hermano Tommy. Ocho años de edad. Sólo me tenía a mí. Por eso acepté. Delmer Butler me llevó a Nueva York. Ingresé en una lujosa casa de alta costura, pero sólo era fachada. Mi misión era asistir a elegantes fiestas organizadas por importantes hombre de negocios. Éstos eran luego sometidos a chantaje. Yo lo ignoraba. Desconocía que había entrado a formar parte de una poderosa organización del crimen. Me pagaban muy bien. Gracias a mí, y a otras bellas muchachas, ilustres magnates y políticos sufrieron chantajes. Obtenían de ellos espionaje industrial, información secreta o simplemente dinero. Era aquélla una pequeña rama de la poderosa organización.

—¿De qué organización estás hablando, Sandra?

—De «The Spider».

Un gesto de estupor se reflejó en el rostro de Gifford.

Chasqueó la lengua a la vez que movía la cabeza de un lado a

otro.

—No existe esa organización, Sandra. Fue inventada por un periodista de San Francisco. Lo recuerdo bien. «The Spider» es una pantalla. La policía desmiente su existencia. Se asegura incluso que es una organización fantasma creada por la Mafia para achacarle sus propios delitos al FBI. Sabotajes, asaltos a Bancos federales, asesinatos, chantaje, drogas... Todo crimen de grandes resonancias es atribuido a «The Spider». En cualquier lugar de los Estados Unidos.

—En efecto, Frank. «The Spider» extiende sus redes por todo el país.

—Esa organización no...

—Sí existe, Frank. Yo pertenecí a ella. Fui uno de sus miembros. Al descubrir sus sucios procedimientos, quise escapar. ¿Sabes qué ocurrió? Recibí un paquete desde Virginia. Una caja metálica. En su interior una seccionada mano. La reconocí por tener en el pulgar tres diminutos lunares formando triángulo. Era la mano derecha de mi hermano Tommy. En una carta adjunta se me advertía que, de intentar abandonar la organización o traicionarla, descuartizarían al pequeño Tommy. Seguí con ellos. Por espacio de seis infernales años. Sometida a las más bajas humillaciones. Cumpliendo las más repulsivas órdenes. Hace unos tres meses murió Tommy. Ya no les tenía miedo. Ya no podían obligarme a nada... Pero yo ya no deseaba escapar de «The Spider»; sino aplastarla. Terminar con su imperio del crimen. No sería fácil. Ellos son poderosos. Necesitaba pruebas...

Sandra hizo una breve pausa.

Sus ojos quedaron fijos en un indefinido punto de la habitación. Pareció poner en orden sus pensamientos antes de proseguir.

—Conocí a Katherine Andress. Una pobre muchacha víctima también de «The Spider». Su historia es aún más espeluznante. También se encontraba sola. Sin familia. Desamparada. Ésas son las víctimas preferidas por la organización. Katherine fue introducida brutalmente en el alucinante mundo de la droga. Un inocente «party» con un atractivo muchacho. Iniciarse con metedrina, LSD, cocaína... hasta caer en las terroríficas zarpas de la heroína. Katherine fue obligada al vicio. Atrapada en él. Luego, diabólicamente, le suprimieron toda clase de droga. Ése era el plan.

Que Katherine se arrastrara mendigando una insignificante dosis de grifa. Por conseguirla sería capaz de cualquier cosa. De todo. Incluso de matar. Katherine fue presa fácil para «The Spider». Se unió a mí para escapar de la organización. Para librarse del alucinante mundo donde se hallaba sumergida sin remisión. Ella, destinada en San Francisco, conocía los sucios manejos de «The Spider» en California. Yo delataría las fechorías de Nueva York.

—¿Y Claire Reed?

—Amiga de Katherine. Las tres nos reunimos hace unas semanas en Chicago. Trazamos planes para desenmascarar a «The Spider».

Frank Gifford, que escuchaba a la joven con cierto escepticismo, la interrumpió secamente.

—¿Por qué no acudir al FBI?

—No es tan sencillo, Frank. ¿Qué pruebas presentamos contra «The Spider»? Yo haber permanecido durante seis años como modelo de la Garret Alta Costura de Nueva York. Empresa reconocida y de gran prestigio. ¿Cómo acusarla de corrupción y chantaje? Katherine figuraba como secretaria en una agencia de patentes de San Francisco. Especializada en espionaje industrial, pero con toda la apariencia de industria ejemplar.

—¿Y Claire Reed?

—Claire estaba destinada en el principal negocio de «The Spider». Tráfico de drogas y vicio organizado. Con sede en Las Vegas. Por los elegantes *night-clubs* y salas de juego deambulan cientos de muchachas controladas por su organización. Al suministro de drogas se une el más repulsivo negocio de trata de blancas. Claire Reed fue reclutada en Los Angeles. Buscaba una oportunidad en el podrido Hollywood. Bruce Corbett, un guionista cinematográfico, la engatusó. La hizo actuar en varios «*topless*» y más tarde en filmes pornográficos. Claire era consciente del sucio juego, pero no le importó. Amaba a Bruce Corbett. Nada le importaba.

—¿Por qué ha decidido traicionar a la organización?

—También por causa de Corbett. Éste fue liquidado por «The Spider». Cometió varios errores. Y se pagan con la muerte. Claire, más que acabar con la organización, desea vengar la muerte de su amado. Fue ella quien nos citó aquí a Katherine y a mí.

—¿En Grawsville?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Claire, por estar destinada en Las Vegas, ha entrado en contacto con varias de las chicas explotadas por la organización. La mayoría de ellas han hecho escala en Grawsville. Ha sido aquí donde fueron entrenadas.

Gifford arqueó las cejas.

—¿Entrenadas? No comprendo...

—Te he explicado mi caso. El de Katherine. El de Claire... Muchachas, jóvenes, bonitas y preferentemente sin familia; caen en las redes de «The Spider». Las rebeldes, las que no quieren someterse con facilidad, sufren toda clase de humillaciones físicas y morales. Doblegan su voluntad hasta que ellas mismas se consideran seres despreciables y depravados. Entonces el trabajo ya está hecho. Ya son dóciles discípulas.

—Grawsville...

—Eso dijo Claire. Nos citó aquí. Aseguró que en la Crooker Motor encontraríamos pruebas suficientes para hundir a «The Spider».

Gifford iba de sorpresa en sorpresa.

—La Crooker Motor es una industria dedicada a maquinaria agrícola. Una empresa solvente en California.

—¿Al igual que la Garret Alta Costura de Nueva York? —inquirió Sandra con amarga ironía—. Claire, tenía un plan para desenmascarar a la organización. Ayer fue el día fijado para la cita. Claire aún no ha aparecido. En cuanto a Katherine Andress...

Frank Gifford se atizó otro trago de *whisky*.

Lo necesitaba.

—Voy a dar crédito a toda tu historia, Sandra. Con gran esfuerzo. Si en efecto existe esa poderosa organización denominada «The Spider», os ha descubierto. Conoce vuestra intención de traicionarla. Sabían que acudiríais aquí y os esperaban. Katherine ya ha muerto. Y me han elegido a mí para aparecer como culpable del crimen. Eso es lo que no comprendo.

Sandra tendió su diestra para apoderarse de la cajetilla de «Winston». Llevó un cigarrillo a sus gordezuelos labios.

Sin el menor temblor.

—También yo creo que han descubierto nuestras intenciones.

Nos han sentenciado a las tres. Y tú cargarás con los tres asesinatos, Frank.

—¡Maldita sea! ¿Por qué? No es necesario tan diabólico plan. Katherine Address, una muchacha sin familia, aparece asesinada. ¿Quién diablos va a asociarla con «The Spider»? Pudo ser obra de un vagabundo, de un *hippy*, de un psicópata sexual...

—El FBI sí cree en la existencia de «The Spider», Frank. Lleva años de lucha contra la organización. Sin éxito. Tres muchachas asesinadas en Grawsville, tres mujeres de turbulento pasado, pueden hacer que el FBI meta las narices en el asunto. Que investigue a fondo.

—¡Por supuesto que lo hará!

—¿Y si la policía local... la policía de Grawsville descubre y captura al asesino de las tres muchachas? Tú, Frank. Tú serás mi asesino. Ya te han acusado de la muerte de Katherine. Luego, ignoro cómo, conseguirán involucrarte en la muerte de Claire... y en la mía.

Gifford mesó nerviosamente sus cabellos.

Afectado por las palabras de Sandra. Consciente de que no carecían de lógica.

—Puedo demostrar mi inocencia, Sandra. Con un buen abogado declararé que todo es...

—No podrás hacer nada, Frank. Los muertos no hablan. También a ti te han sentenciado. Al verte en libertad creí que «The Spider» había sobornado a las autoridades locales; pero no es así. Te consideraba el culpable de la muerte de Katherine. ¿Sabes por qué te han dejado en libertad?

—Para que yo mismo me ponga la soga.

Sandra esbozó una sonrisa.

—Correcto. Ya han conseguido que entres en contacto conmigo. Ya conoces a tu próxima... víctima. ¿Pruebas en tu contra? Les resultará sencillo. Al igual que han hecho que aparezcas como el asesino de Katherine. Lograrán falsas pruebas para acusarte de mi muerte y de la de Claire Reed. Te encarcelarán y luego, simulando que intentabas huir, meterán un balazo en tu cabeza. O tal vez disparen en el momento de detenerte alegando defensa propia. Lo lamento por ti, querido. También estás sentenciado. Caminaremos juntos al Más Allá.

—¡Maldita sea! ¡No podemos permanecer cruzados de brazos!

—¿Qué otra cosa podemos hacer, Frank? Apuesto a que no te han permitido comunicación con el exterior. Nos controlan. Yo no he salido para nada del hotel, pero sé que siguen todos mis movimientos.

—¿Quién te informó de que me acusan de la muerte de Katherine Andress?

—Lo escuché en el *snack* del hotel. Esta mañana. Cuando aún estabas en la oficina del *sheriff*. Luego, el conserje comentó que te habías hospedado aquí. Incluso dijo el número de tu habitación. Sin duda para que entrara en contacto contigo. Lo han planeado bien.

—¿Conoces a Sarah Fisher?

—No. Fue en su *bungalow* donde se encontró el cadáver de Katherine, ¿verdad?

—En efecto. Sarah Fisher es persona importante en Grawsville. Tal vez con su ayuda consiga comunicarme con Los Angeles.

—¿Quién te asegura que esa Sarah Fisher no forma parte de «The Spider»?

—Tú misma has dicho que no la...

—Creo que aún no te has percatado del poder de «The Spider»
—interrumpió Sandra—. ¿Sabes dónde radica su fuerza? En que los jefes permanecen ocultos. En la sombra. Yo misma, durante seis años en Nueva York, jamás llegué a conocer al jefe allí delegado. Existe otro en Virginia, otro en las playas de Florida, en Illinois. En California... Entre ellos mismos se desconocen. Todos están bajo las órdenes de un jefe supremo al que denominan «The Spider».

—Es absurdo sospechar de Sarah Fisher. Ella me ayudó. Incluso con su testimonio puedo demostrar que el Van Gogh que insinúan he robado, se hallaba en la caja fuerte del *bungalow*. Sarah me brindó un abogado y me facilitó comunicación con Los Angeles.

—¿Has podido...?

—Mi idea era hablar con Trevor Sondock, un abogado, pero ahora, conociendo la historia, me comunicaré con el Federal Bureau of Investigation.

—Eres un pobre iluso, Frank. La central telefónica estará controlada por miembros de «The Spider». Cualquier llamada al exterior será minuciosamente verificada. Éste es un pueblo pequeño. ¿Imaginas que permitirán una comunicación con el FBI de

Los Angeles?

—¿Un pueblo pequeño? Más bien es una ratonera.

—Ajá. Lo has definido muy bien. La única solución es salir de aquí. Romper el cerco y escapar a Los Angeles.

—Podemos intentarlo.

En los ojos de Sandra Lorre se reflejó un leve brillo de esperanza.

—¿Cómo?

—Esta misma noche. A punta de pistola si es necesario. Yo intentaré la huida en primer lugar. Con gran alboroto para que los sabuesos de Fleischer me sigan. Así podrás tú pasar más desapercibida. Consigues un auto y me esperas a la salida de Grawsville. Al final de la Evans Avenue. De no acudir a los quince minutos, aprietas el acelerador y no te detengas hasta divisar Los Angeles.

—Huso y optimista.

Gifford atrapó a la mujer por los hombros.

—Debemos intentarlo, Sandra. Tú misma lo has dicho. Estamos sentenciados. No podemos esperar impasibles la llegada de la muerte.

Una triste sonrisa se dibujó en los labios de la muchacha.

—Eso es precisamente lo único que podemos hacer, Frank. Esperar a la muerte. Conozco bien el poder de «The Spider». No tenemos salvación.

Frank Gifford, reflejado en los ojos de la joven, se estremeció. Impresionado por su tono de voz. No había resignación en sus palabras, sino una firme convicción.

Sandra sabía que iba a morir.

Como el condenado que espera la hora señalada para acudir a la cámara de gas.

Sin apelación posible.

CAPÍTULO IX

Frank Gifford inspeccionó la habitación 305.

Era similar a la suya.

—¿Me has entendido bien, Sandra? Esta noche, no antes de las diez, acudiré en tu busca. Daré cinco golpes consecutivos a la puerta. No abrirás la puerta a nadie. Ni siquiera para que te sirvan la cena.

—No dará resultado, Frank.

—Lo intentaremos. Si yo no consigo burlarles, tú sí lograrás escapar. Procura apropiarte de un coche con el depósito a tope. Hoy es domingo y todas las gasolineras permanecen cerradas. A mi regreso ultimaremos detalles. Tienes una bonita pistola, Sandra. Utilízala sin contemplaciones si alguien quiere forzar la puerta. Has demostrado saber apretar el gatillo.

Sandra sonrió.

Con nulo entusiasmo.

—Haré lo que tú digas.

—Perfecto, pequeña. Hasta pronto.

—Frank...

—¿Sí?

—Bésame. Quiero despedirme de ti con un beso. ¿Te importa?

Gifford, por toda respuesta, abarcó con sus manos el rostro femenino. Besó los entreabiertos labios de Sandra.

Los ojos de la muchacha se nublaron.

—Gracias, Frank... Hacía mucho tiempo que nadie me besaba así... Cuídate.

—Eres tú la que debe tomar precauciones, Sandra. Pasa el cerrojo y no abras a nadie. ¿Okay?

La joven asintió con leve movimiento de cabeza.

Frank Gifford, tras dirigirle una animosa sonrisa, abandonó la estancia. No se encaminó a su habitación; sino que enfiló hacia el elevador.

Al llegar a recepción no vio a Andrew Lang tras el mostrador, pero sí descubrió a Henry Hiller en uno de los sillones. Semiocultando su rostro con un desgastado ejemplar del *Playboy*.

Gifford no se dignó dirigirle más de una mirada.

Abandonó el hotel.

Consultó la esfera de su reloj. Aún era prematuro acudir al domicilio de Sarah Fisher. Tal vez desistiera. Sandra estaba en lo cierto. Las llamadas al exterior serían controladas con todo rigor. Aunque procedieran de la casa de Sarah Fisher.

Grawsville...

Una ratonera.

Vio un coche a poca distancia del hotel. Con el repulsivo John Scofield al volante. Dos individuos más, en una de las esquinas, mantenían su mirada fija en Frank Gifford. Con descaro. Un tercero deambulaba por la fuente de surtidores. Le reconoció. Le había visto en la oficina del *sheriff*.

Sabuesos de Arthur Fleischer.

Sí.

Sería muy difícil burlarles.

—Eh, Gifford...

No fue necesario que Frank Gifford ladeara la cabeza.

Henry Hiller ya se había situado a su lado. Con sus grandes gafas oscuras. Con su sempiterna y cruel sonrisa.

—Te encuentro algo cansado y nervioso. ¿Por qué no te retiras a tu habitación?

—Déjeme en paz, Hiller.

—Sé lo que bulle en tu cabeza, Gifford. No lo intentes. No te daría resultado. Son más de veinte los policías que siguen tus pasos. Las salidas de Grawsville están controladas. La única comarcal que conduce a la autopista es patrullada por varios agentes. Sería suicida intentarlo.

—¿Algún otro consejo?

Henry Hiller acentuó su cínica sonrisa. Sin añadir palabra, giró retornando al hotel.

Frank Gifford comenzó a caminar por la Asian Square.

Irritado.

No había pasado por su mente la posibilidad de que controlaran la comarcal. Centrar la atención sobre él, en nada beneficiaría a Sandra. La detendrían apenas recorridas unas yardas.

Drogas, trata de blancas, corrupción, chantaje...

Y «The Spider».

Una organización que parecía irreal. Pero ahí estaban Katherine, Sandra, Claire... y otras muchachas vilmente explotadas por individuos sin escrúpulos.

Frank Gifford, en su deambular sin rumbo por la circular plaza, llegó ante la puerta de una discoteca. Dudó un instante. El bullicio y música del interior le animó a entrar.

Debía hacer tiempo hasta poder acudir a la casa de Sarah Fisher. Y telefonar a Los Angeles. Con remotas posibilidades de establecer comunicación, pero debía agotar todos los recursos a su alcance.

Penetró en el local.

Era bastante amplio, aunque de deplorable aspecto. Las mesas formaban un semicírculo frente al largo mostrador. El centro era utilizado como pista de baile.

Al fondo se alineaban varias máquinas tragaperras. En el aparato tocadiscos sonaba la voz de Ringo Starr y su *Photograph*.

Frank Gifford se acomodó en un taburete próximo a la entrada. Solicitó un *gin-tonic* al fulano del mostrador. Con el vaso en su diestra se dedicó a contemplar a las escasas parejas del local.

Muy aburridas.

La puerta vidriera de entrada se abrió para dar paso a una muchacha que, tras una leve indecisión, acudió en dirección a Gifford.

—¡Frank...! ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! ¿Qué haces en Grawsville?

—Creo que se...

—¿No me recuerdas? Soy Margaret Massey. Nos conocimos en la editorial.

Gifford fijó sus ojos en la mujer.

De unos veinticuatro años de edad. Rostro agraciado. Destacando unos ojos verdes y rasgados. También sus labios, húmedos y carnosos, resultaban de un gran atractivo. Lucía un favorecedor vestido de línea *évasée*. Muy cortito.

—Te equivocas, muñeca. No te he visto en mi vida.

La muchacha sonrió.

—¿Sabía que me reconocerías! ¿Qué es de tu vida?, Frank. No imaginaba encontrarte en un pueblo como Grawsville. Yo estoy de paso. He hecho un alto para tomar un bocado.

—Oye, nena... ¿Qué diablos pretendes? Ya te he dicho que no...

—¿Quieres algún aviso para Los Angeles? —interrumpió la muchacha sin abandonar la sonrisa de sus labios—. Voy hacia allí. Tengo un magnífico «Mustang» a la puerta.

Gifford entornó los ojos.

Iba a responder, pero enmudeció al ver a John Scofield penetrar en el local. La joven también pareció percatarse de la llegada del policía.

—¿Bailamos, Frank? Me gusta la música lenta...

Ringo Starr había sido sustituido por una romántica melodía.

Frank Gifford decidió seguir el juego a la mujer. Fueron a la pista entremezclándose con las restantes parejas. La luz en aquella parte de la sala era más tenue.

—¿Quién eres tú?

—Ya te lo he dicho. Margaret Massey.

—No nos habíamos visto antes.

—Por supuesto que no, Frank. Fue un truco para presentarme ante ti sin levantar sospechas. Ese agente de policía está ahora hablando con el empleado del mostrador. Éste le dirá que somos viejos amigos de Los Angeles.

La joven le había echado los brazos al cuello.

Pegándose a Gifford.

—Oye, Margaret...

—No hables ahora. Cuando termine la pieza caminaremos hacia la salida. En mi auto podremos conversar con tranquilidad. Voy a ayudarte, Frank.

—¿De veras? —sonrió Gifford deslizando sus manos por la espalda de la muchacha para abarcar su cintura. La estrechó contra sí—. Me sorprendes, pequeña. En Grawsville nadie mueve un dedo por mí. ¡Y ahora llega una linda jovencita a salvarme!

—¿Qué te ocurre? Tu sarcasmo está fuera de lugar.

—¿No lo sabes? Ocurre que empiezo a cansarme de que jueguen conmigo al gato y al ratón.

—Debes confiar en mí, Frank. Soy la única persona que puede ayudarte.

—No te creo una sola palabra. Esta mañana ya me dejé engatusar por una mujer bonita. Y no volveré a picar el anzuelo.

—En mi auto tengo algo que te convencerá, Frank. Nada, pierdes con acompañarme.

La música cesó en la máquina tocadiscos.

Frank Gifford accedió a la petición. Fue hacia el mostrador para abonar su consumición. La joven siguió cariñosamente aferrada a su brazo derecho. Se encaminaron luego a la salida.

Seguidos de la fría mirada de John Scofield.

—Por lo menos no has mentido en lo del «Mustang» —dijo Gifford contemplando el «Ford» aparcado casi frente a la discoteca.

La muchacha se había acomodado al volante del vehículo. Abrió la portezuela para permitir el acceso a Gifford.

—Vamos a dar un paseo por el pueblo.

—No, nena. No iré a ninguna parte sin antes conocer el terreno que piso.

La enigmática Margaret Massey sonrió.

Accionó uno de los compartimientos del salpicadero para extraer una cajetilla de «L&M».

—Ahí encontrarás algo que tal vez te convenza, Frank. Procura ocultarlo a la~ mirada de ese policía que permanece a las puertas del local.

Frank Gifford abrió la cajetilla.

Simuló coger un cigarrillo, pero su mano izquierda se había apoderado de una pequeña cartulina. Rectangular. Rematada con el sello del Departamento de Justicia de Washington.

Era una credencial a nombre de Margaret Massey, agente del FBI.

* * *

—¿Nos siguen?

Gifford giró la cabeza.

—Sí.

—Bueno. Era de suponer. Es lógico que sigan al sospechoso de asesinato, ¿verdad?

Frank Gifford se reclinó en el asiento del «Mustang».

Contempló fijamente a la muchacha. De pies a cabeza. Se detuvo más de lo debido en las piernas de Margaret. La corta falda dejaba al descubierto sus esbeltos y bronceados muslos.

—¡Personalmente conozco a pocos agentes del Federa! Bureau of Investigation, pero tú eres algo fuera de serie. ¿Dónde están tus compañeros, Margaret?

La joven dejó escapar los cascabeles de su garganta en cantarina risa.

—¿Compañeros? Estoy sola, Frank.

—¿Es una broma?

El auto, un «Ford Mustang» de aerodinámica línea, recorría las calles de Grawsville sin destino determinado.

—No es broma, Frank. Ya te explicaré. Empieza a contarme tu historia. Desde el principio y sin omitir detalle alguno.

Frank Gifford asintió con un movimiento de cabeza.

Encendió un cigarrillo para acto seguido comenzar a narrar sus vicisitudes de aquel fatídico domingo. Su encuentro con Lisette, lo ocurrido en el *bungalow* de Sarah Fisher, su «tercer grado» en la oficina del *sheriff*, su conversación y encuentro con Sandra Lorre...

Margaret le escuchó en silencio.

Sin interrumpirle.

—Y eso es todo, Margaret. Aún no sé a qué carta quedarme.

—Sandra está en lo cierto. Ella, al igual que Katherine y Claire, han sido descubiertas y sentenciadas. Y tú aparecerás como el asesino. Cargarás con sus muertes. Ése es el plan de «The Spider».

—Entonces... ¿existe realmente esa organización?

—¿Existir? El FBI puede dar fe de ello. Sandra se quedó corta. Drogas, trata de blancas, juegos ilegales, corrupción, chantaje, espionaje... y un escalofriante y monstruoso tráfico ilegal de armas. Es una organización poderosa. Empezó a dar señales de vida hace aproximadamente unos ocho años. Centraba sus actividades en el tráfico de drogas. En la actualidad dispone de laboratorios clandestinos para la obtención de morfina y heroína. Ahora, «The Spider», abarca toda clase de actividades delictivas. Siempre ha conseguido escapar a nuestras manos. Únicamente han caído en poder del FBI simples peones. Hombres de paja que en nada podían comprometer a la organización.

—¿Cómo has llegado hasta Grawsville?

—Puede decirse que fue un golpe de suerte. He permanecido más de veinte días investigando en Las Vegas. Dos muchachas fueron asesinadas. Jóvenes sin familia. Sin antecedentes. El FBI tiene fundadas sospechas de que eran utilizadas por «The Spider». La organización sabe que estamos cerrando el cerco en torno a sus nauseabundos hilos. De ahí que hayan decidido «fabricar» a un asesino para responsabilizarle de las muertes de Katherine Andress, Sandra Lorre y Claire Reed. Con esta última entablé conversación en Las Vegas. No quiso confiarse a mí.

—¿Por qué? ¿No le advertiste de que eras agente del FBI?

—Por supuesto. Pero Claire está dominada por el terror. Sabe que miembros de «The Spider» se encuentran infiltrados en altas esferas. No confía en nadie. No quiso hablar hasta conseguir, junto con Katherine y Sandra, importantes pruebas. Perdí su rastro a unas diez millas de Grawsville. Ayer encontré su auto abandonado en la carretera, llegué casualmente aquí y, cuando me disponía a reanudar viaje a Los Angeles, me sorprendió que el popular Frank Gifford fuera acusado del asesinato de una muchacha. Mucho más me intrigó que el *sheriff* de Grawsville, con todas las pruebas en tu contra, te dejara en libertad. Vi cómo eras vigilado. Decidí entrar en contacto contigo. Fue una suerte. Ahora conozco los planes de «The Spider» y la complicidad de la Crooker Motor.

—¿Y de qué diablos nos sirve? Ahora, precisamente por entrar en contacto conmigo, no te permitirán salir de Grawsville. ¡Deberías haber seguido hasta Los Angeles y solicitar ayuda!

—¿De veras? ¿Y qué hubiera encontrado a mi regreso? Cuatro cadáveres. Katherine, Sandra, Claire... y el tuyo. El del asesino. Liquidado por la policía de Grawsville. Asunto concluido. ¿Qué hacía entonces con mis compañeros? Ninguna prueba contra el *sheriff* Fleischer. Ni contra la Brooker Motor. Por eso he decidido quedarme en Grawsville.

—Perfecto. Así seremos cinco los cadáveres.

—No me conoces bien, Frank.

—Podemos intimar.

—No has perdido el humor, ¿eh? Lo celebro. Vamos a pasar a la acción, Frank. Tu plan de huida con Sandra me parece correcto. Puedes utilizar mi «Mustang». Lo dejaré al final de la Evans Avenue.

En vez de acudir a la autopista de Los Angeles, enfilarás por la que conduce a Las Vegas. Apuesto a que no la tienen bajo control. Yo te ayudaré a despistar a tus seguidores. Así podrás huir con Sandra.

—¿Y tú?

—Me quedo. Debo dar con Claire Reed, aunque mucho me temo que esté en poder de «The Spider». El que no aparezca por Grawsville así lo da a entender. Con Sandra a salvo puedes comunicarte con el FBI desde Barstow, Baker o la mismísima Las Vegas. Sandra y Claire pueden ser dos valiosos testigos contra la organización. Lo importante es sacarlas de Grawsville. Tú te llevarás a Sandra y yo intentaré salvar a Claire. Si es que consigo dar con ella.

—No me parece un...

—No he pedido tu opinión, querido. Ahora te llevaré al hotel. Allí permanecerás con Sandra hasta las... ocho. Abandonas el hotel solo. Puedes echar a correr, gritar en un *snack*... llamar la atención para que Sandra pueda llegar hasta el «Mustang». También yo te ayudaré para que puedas reunirte con ella.

—Gracias que has llegado tú para solucionarlo todo, Margaret.

—No seas sarcástico. Todo saldrá bien.

El auto ya circulaba nuevamente por Asian Square. Se detuvo frente a la entrada al Felton Hotel.

—¿Dónde te hospedas, Margaret?

—Tal vez no necesite hotel.

—Puedo ofrecerte mi habitación.

Los gordezuelos labios de Margaret dibujaron un sensual mohín.

—Lo pensaré. Hasta pronto, Frank. Recuérdalo. A las ocho. Ni un minuto más. El «Mustang» estará al final de la Evans Avenue. Yo permaneceré por aquí para ayudarte.

Gifford descendió del vehículo.

Al penetrar en el hotel, se sorprendió de ver desierta la sala de recepción. Ni el conserje ni ninguno de los sabuesos del *sheriff*.

Se introdujo en el elevador.

Al pasar ante la habitación de Sandra, dudó unos instantes. Optó por recoger la botella de *whisky* y las cajetillas de tabaco de su habitación. Permanecería hasta las ocho en compañía de Sandra. La espera se haría menos larga con la botella de *whisky*.

Abrió la puerta de su habitación.

No llegó a cruzar el umbral.

Quedó rígido. La palidez se apoderó de sus facciones a la vez que un leve temblor hacía crisar sus manos.

Sandra estaba allí.

En el suelo.

Con su provocativo *deshabillé*. Pero ya no era blanco. Aparecía teñido en rojo. Bañado en sangre.

Cuatro orificios en su cuerpo.

Dos balazos en su pecho y dos más en el vientre. La pistola, la «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón, estaba a sus pies.

El arma homicida.

Frank Gifford recordó haber dejado sus huellas en aquella «Super-Star».

CAPÍTULO X

Sandra...

La diosa de ébano.

Era ahora una muñeca ensangrentada. Sin vida. Tal como ella sospechó. De ahí que su rostro no reflejara terror alguno. En sus facciones aún parecía leerse una amarga resignación.

Frank Gifford permaneció largos segundos inmóvil.

En el umbral.

Con la mirada fija en el ensangrentado cadáver de la muchacha. Sus grises ojos descubrieron el rectangular sobre depositado en uno de los sillones.

Se aproximó para indagar el contenido.

Eran cuatro fotografías.

En color.

En la primera de ellas aparecía él y Sandra pugnando por la «Super-Star». En la siguiente, ambos en el suelo porfiando. La tercera, Frank Gifford, con la «Super-Star» en su poder, parecía encañonar a Sandra.

Gifford rememoró todas aquellas escenas.

Cuando Sandra intentó matarle, su porfiar con ella, el darle la pistola para ganar su confianza...

En la cuarta fotografía se enfocaba únicamente a Sandra Lorre.

Su cuerpo acribillado a balazos.

¿Cómo interpretaría un jurado aquellas cuatro fotografías?

Frank Gifford volvía a ser el sospechoso ideal. Sus huellas en el arma homicida, las fotografías...

Gifford no se molestó en inspeccionar la habitación. Habrían instalado una o varias cámaras. De seguro también micrófonos. Sabían sus planes. Los cinco golpes a la puerta...

Y Sandra abrió a la muerte.

Cámaras y micrófonos en las habitaciones 305 y 307.

Filmaron su encuentro con Sandra; pero, lógicamente, seleccionaron las fotografías que podían comprometerle. Las otras, en las que aparecían platicando amistosamente con Sandra, habían sido suprimidas.

Bien.

Katherine y Sandra.

Y Frank Gifford como asesino. También en este segundo crimen con aplastantes pruebas en su contra.

Aunque ahora existía una pequeña diferencia.

Gifford conocía el complot de que era objeto. Los planes de «The Spider» para «fabricar» un asesino. Para inculparle a él de aquellas muertes.

Restaba eliminar a Claire Reed.

Y luego...

Luego era el turno de Frank Gifford.

Así el caso quedaría cerrado.

Gifford se inclinó para apoderarse de la «Super-Star». Comprobó la munición. Una sola bala en el cargador.

Sonrió duramente.

Ya no sería el ratón perseguido por el gato. Conocía a sus enemigos. El *sheriff* Fleischer y sus hombres no eran dignos policías, sino sicarios a sueldo de «The Spider».

Frank Gifford abandonó la habitación.

Debía dar alcance a Margaret y comunicarle lo ocurrido. Ya no era necesario dejar el «Mustang» en la Evans Avenue. Ya no habría huida. Sandra Lorre se había quedado para siempre en Grawsville.

Alcanzó la sala de recepción.

Gifford, apenas salir del hotel, se vio rodeado por cuatro policías. Henry Hiller y John Scofield se adelantaron.

—Debes acompañarnos, Gifford.

Frank Gifford dirigió una fría mirada al ayudante del *sheriff*.

—¿Se me acusa de alguna otra cosa, Hiller? ¿Tal vez otro asesinato?

—Aún no, Gifford. Simple rutina.

—¿De veras? ¿No estás informado del cadáver que guardo en mi habitación? Sandra Lorre. Acribillada a balazos. Yo soy el asesino,

Hiller. ¿Por qué no me detienes?

—Hablas demasiado, Gifford. Entra en el auto. Vamos a realizar un corto paseo.

Dos agentes empujaron a Frank Gifford al interior de un coche patrulla. Los tres se acomodaron en el asiento trasero. John Scofield se hizo cargo del volante. A su lado Henry Hiller.

Gifford lanzó una rápida mirada por Asian Square. Buscando desesperadamente el «Mustang» de Margaret Massey.

—Tu linda amiga está siendo interrogada por el *sheriff* —dijo Henry Hiller leyendo sus pensamientos—. Posiblemente sea retenida en Grawsville hasta que todo quede solucionado. Estamos comprobando su identidad. Asegura ser periodista.

Frank Gifford no respondió.

El auto enfiló hacia la Evans Avenue. Minutos más tarde dejaba atrás las últimas casas de Grawsville. El vehículo circuló por la comarcal para poco después desviarse por el camino que conducía al *bungalow* de Sarah Fisher.

Gifford reconoció el trayecto.

Para disipar sus posibles dudas, los focos del coche patrulla iluminaron fugazmente el letrero donde se indicaba la propiedad de Sarah Fisher. Pronto, de entre las sombras de la noche, emergió la muralla que circundaba el *bungalow*.

El auto se detuvo frente al porche de la casa.

Henry Hiller fue el primero en descender. Seguido de Scofield. Luego lo hizo Gifford escoltado por los dos agentes.

El ayudante del *sheriff* había abierto la puerta del *bungalow* accionando las luces del *living* y salón.

Frank Gifford había sido conducido hasta allí.

Donde le esperaba una macabra sorpresa.

Una mujer yacía en el sofá que adornaba la estancia. Con las ropas desgarradas, bañada en sangre... Su cuerpo materialmente cosido a puñaladas. Sus negros cabellos rozaban la alfombra del salón. Un brutal tajo había seccionado su yugular haciendo que la cabeza se ladeara apenas unida al tronco. La sangre fue goteando hasta formar un viscoso charco bermejo.

—¿Sabes quién es, Gifford?

—¿Claire Reed?

Henry Hiller rió en cruel carcajada.

—Chico listo. En efecto. Se trata de Claire Reed. Tu tercera víctima. Ya has liquidado a Katherine, Sandra y Claire.

El rostro de Frank Gifford permaneció impassible.

Sólo sus grises ojos ofrecieron un peligroso destello.

—No os saldrá bien, Hiller.

—¿Eso crees? Tenemos muchas pruebas en tu contra.

—No lo dudo, aunque para acusarme de esas muertes falta lo principal. El FBI no se dará por satisfecho. De haber encontrado en el lago a un *hippy* o un vagabundo sí hubiera dado resultado. Pero fui yo el elegido. Frank Gifford. ¿Por qué iba a matar a tres muchachas? Tres desconocidas para mí. ¿Qué móvil me impulsó a ello? Eso es lo que falla, Hiller. Eso es lo que hará sospechar al FBI. Por muchas pruebas que presentes en mi contra.

—Trabajamos para una poderosa organización, Gifford —dijo Henry Hiller borrando ya todo disimulo y descubriendo su juego—. Un noventa por ciento de la población de Grawsville es fiel a «The Spider». Ésta es, sumamente inteligente. Ciertamente que nuestro plan hubiera dado mejor resultado con un *hippy* o un desconocido; pero tú serás el... asesino. A las falsas pruebas conseguidas en tu contra por la muerte de Katherine Andress y Sandra Lorre, añadiremos una carta de puño y letra de Claire Reed.

—¿Una carta?

—Sí, Gifford. Una carta dirigida al *sheriff* de Grawsville. En ella, Claire explica con todo detalle que era explotada por el honrado Frank Gifford. Un hombre de doble vida. Katherine, Sandra y Claire eran obligadas por Gifford a desplumar incautos en Las Vegas. Claire, dice también en su carta, que las citastes aquí. A las tres. Para liquidarlas, ya que habían decidido delatarte. Es una carta muy extensa, Gifford. Y muy comprometedor para ti. Yo mismo se la dicté a Claire. Ella no quería, pero terminé por convencerla. Le prometí que «The Spider» la dejaría marchar a México. La muy ilusa lo creyó. Debería saber que «The Spider» no perdona a los traidores. Yo la maté. Al igual que a Katherine y Sandra.

—Vuestro diabólico plan no dará resultado.

—¿Por qué no? Sólo tú conoces la verdad de los hechos. Y tú vas a morir, Gifford. Al intentar huir de la ley, serás acribillado a balazos. Y, a la vez que cerramos tu boca, se cierra también el caso. Tres inocentes muchachas víctimas del peligroso Frank Gifford. Con

pruebas suficientes en tu contra para aplastar cualquier posible investigación del FBI.

John Scofield había empuñado su reglamentario revólver.

También los dos agentes.

Encañonaron a Gifford.

La desaforada carcajada de Henry Hiller volvió a resonar.

—Ahí, sobre el sofá, está tu cuchillo de monte, Gifford. Un poco manchado con la sangre de Claire Reed. No hay huellas, pero vas a dejar las tuyas. ¿Prefieres hacerlo ahora o después de muerto?

—Sucio hijo de perra sarnosa...

—Sabía que no colaborarías... Bien. Dejarás tus huellas una vez muerto. Avanza hacia la ventana.

Frank Gifford no se movió.

Dirigió una despectiva sonrisa a Hiller.

—Tú lo has dicho, bastardo. No voy a colaborar. ¿Simular que intento huir por la ventana? *Okay*. Preparar la escena a vuestro gusto. Cristales rotos y mi cuerpo acribillado en el jardín. Eso es, ¿no? Adelante, Hiller.

—Como gustes. John...

John Scofield reflejó en su rostro una mueca de sádico placer. Extendió su brazo derecho. Apuntando a la cabeza de Gifford. Con el dedo índice curvado sobre el gatillo.

La reacción de Frank Gifford, por inesperada, sorprendió a los cuatro policías. Llevó velozmente su diestra al costado izquierdo para sacar la «Super-Star». Sin el tubo silenciador.

Se adelantó a Scofield.

Y también apuntó a la cabeza.

John Scofield saltó impulsado hacia atrás. Con violencia. La bala, entre ceja y ceja, dibujó un negruzco orificio.

Los otros dos policías, con las armas en la mano, se disponían a responder al fuego de Gifford. El propio Henry Hiller empuñó también su revólver.

Frank Gifford soltó la «Super-Star».

Había utilizado la única bala.

Ya no podía hacer nada más.

Únicamente esperar a la muerte.

Forzó una despectiva sonrisa. Al igual que los héroes del *cómic* por él creados.

Sin el menor temblor.

Pero Frank Gifford no era un personaje de ficción.

Por eso, al oír los disparos, cerró instintivamente los ojos encomendando su alma al Todopoderoso.

* * *

Ningún dolor.

¿Era aquello la muerte?

¿Tan rápido y sencillo?

No.

Frank Gifford se percató de ello. Cuando aún no se había extinguido el eco de los primeros disparos, nuevas detonaciones atronaron en el salón.

No disparaban sobre él.

Abrió los ojos.

A tiempo de ver cómo los dos agentes se desplomaban pesadamente. Sin vida. Ambos con un balazo en la cabeza. Enviados al Más Allá por la mortífera puntería de Margaret Massey.

La bella agente del FBI había irrumpido en el salón con un «Smith & Wesson» en su diestra. Vomitando fuego. Fríamente.

Henry Hiller, recuperado de la sorpresa, desvió el cañón de su arma. Dejó de apuntar a Gifford para disparar sobre la intrusa.

Apretó el gatillo una y otra vez.

Obligando a la valerosa muchacha a realizar un acrobático salto esquivando las balas.

Frank Gifford no permaneció inactivo. Se arrojó al suelo para apoderarse del revólver del treinta y ocho perteneciente a Scofield. Accionó el disparador cuando Margaret se encontraba en dificultades. A merced de Henry Hiller.

El proyectil, al perforar la nuca de Hiller, produjo un siniestro chasquido. La cabeza del policía pareció sufrir una interna explosión. La sangre brotó por sus ojos, oídos y boca. En espeluznante fenómeno.

Frank Gifford se precipitó hacia la muchacha que gateaba tras uno de los sillones.

—Margaret... ¿te encuentras bien?

—Creo que sí... Me has salvado la vida...

—¿Yo? De no ser por ti ya sería fiambre. ¿Cómo has llegado tan oportunamente? Hiller me dijo que estabas siendo interrogada por el *sheriff* Fleischer.

La joven se incorporó ayudada por Gifford.

—Apenas dejarte en el hotel, me llevaron a presencia de Arthur Fleischer. Me preguntó qué relación me unía a ti. Afortunadamente, el interrogatorio duró muy poco. La llegada de mis compañeros le impidió continuar.

—¿Tus compañeros?

Margaret asintió con una sonrisa.

—Ajá. Varios agentes del FBI controlan la oficina del *sheriff*. Arthur Fleischer es ahora sometido a intenso interrogatorio. Vi cómo te sacaban del hotel. No tuve más que seguir el coche patrulla.

—¿Quién avisó a tus compañeros? ¿Por qué se han presentado aquí?

—Fleischer, rizando el rizo y para no levantar sospechas, envió las huellas de Katherine Andress para que fueran verificadas por el FBI de Los Angeles. Creyó que, hoy domingo, los trámites serían más lentos. Menospreció al Federal Bureau of Investigation. Jamás descansamos. El cerco sobre «The Spider» se estaba cerrando. Sospechábamos que Katherine Andress era miembro de la organización. Al conocer su muerte, el inspector Bergren, mi superior, destacó a varios agentes a Grawsville. Desgraciadamente nada se ha podido hacer por Sandra y Claire.

—¿Ha confesado Arthur Fleischer?

—No. Sigue afirmando que tú eres el asesino de las muchachas —los ojos de Margaret se posaron en el cadáver que yacía en el sofá—. Por supuesto ya he puesto al corriente a mis compañeros de tu inocencia y de las pruebas amañadas. Lo triste es que no podemos demostrar la intervención de «The Spider». Fleischer no confesará estar a las órdenes de la organización.

—Nos queda la Crooker Motor.

—¿Qué pruebas tenemos? Solicitar una orden de registro les daría tiempo a ocultar toda evidencia. Puede que ya estén al corriente de la llegada del FBI a Grawsville.

—¿Es necesaria esa orden de registro?

—Por supuesto, Frank. En caso contrario sería allanamiento de morada. Grave falta a la Cuarta Enmienda de la Constitución. Aunque... por una vez más. En marcha, Frank. Nos jugaremos el todo por el todo.

Margaret se inclinó para recoger su «Smith & Wesson».

En aquella posición, la corta falda del minivestido mostró con todo detalle los esbeltos muslos enfundados en finos *pantys*.

Pero el espectáculo pasó desapercibido para Gifford.

Mantenía su mirada en la puerta que conducía al dormitorio.

—Una pregunta, Margaret... ¿Cuándo se empezó a hablar de «The Spider»?

—Hace aproximadamente unos ocho años. Al principio no con mucha fuerza, pero la organización fue acrecentando su diabólico poder hasta alcanzar el auge actual.

—Ocho años...

—¿Ocurre algo, Frank?

Gifford abrió la puerta del dormitorio.

Se volvió con enigmática sonrisa en los labios.

—Voy a conducirte hasta «The Spider», Margaret. Te presentaré al mismísimo jefe supremo de la organización.

CAPÍTULO XI

—¡Ya no te esperaba, Frank!

Gifford volvió a admirar la belleza de la mujer. Recreando su mirada por el escultural cuerpo de Sarah Fisher. Lucía un vestido de noche con escote en y hasta la cintura, enlazado al cuello y dejando la espalda al descubierto. Un modelo audaz y provocativo.

—¿Por qué no, Sarah? Conoces la importancia de mi comunicación con Los Angeles.

—Mientras cenaba me llegó una sorprendente noticia. Otra muchacha asesinada. En el Felton Hotel. En la habitación de Frank Gifford. También se comentaba que el *sheriff* Fleischer dio la orden de captura. Por eso me asombra el verte aquí.

Frank Gifford sonrió encendiendo un cigarrillo.

—No estás al corriente de las últimas noticias, Sarah. No son dos las muchachas asesinadas, sino tres. Me acusan de los tres asesinatos. Me temo que volverán a molestarte, ya que nuevamente se ha utilizado tu *bungalow* del lago. Allí, en el lujoso salón, encontrarán a la tercera muchacha. Muerta. Junto con los cadáveres de Henry Hiller, John Scofield y dos policías más.

Sarah palideció.

Unió nerviosamente sus manos.

—No..., no he recibido noticias del *sheriff* Fleischer.

—Dudo que las recibas. A Arthur Fleischer le están apretando las clavijas varios agentes del FBI. Me sorprende que no estés al corriente.

—Acabo de llegar. He cenado con varios amigos fuera de Grawsville. A estas horas de la noche no me he cruzado con nadie.

—¿Puedo telefonear?

—Por supuesto, Frank.

Gifford acudió a la mesa escritorio, atrapando el auricular. Contempló burlonamente el dial para acto seguido desviar sus grises ojos hacia Sarah.

—¿Crees que lograré comunicación con Los Angeles...? No... sería perder el tiempo. En la centralilla telefónica de Grawsville siguen fieles a las órdenes de «The Spider». Aún se desconoce el lento y estratégico desplazamiento del FBI.

—No te comprendo... ¿De qué estás hablando, Frank?

—El juego ha terminado, Sarah. Te he visto salir de la Crooker Motor. Fue allí donde se celebró la cena, ¿no? Apenas salir tú del polígono, varios agentes del FBI realizaron un furtivo registro. En uno de los pabellones descubrieron cajas embaladas como maquinaria agrícola; pero en su interior se hallaron modernos rifles, ametralladoras, bombas de mano... ¿Qué más se descubrirá, Sarah? Tú debes saberlo.

—Fuera de mi casa, Frank. Ignoro de lo que estás hablando, pero el tono de tu voz es insolente y veladamente acusador. ¡Fuera!

Gifford no pareció oír la airada respuesta de la mujer.

—Tal vez se descubra también un depósito de drogas..., ¿o no es en Grawsville donde se almacenan? Poco importa. «The Spider» ha sido mortalmente herida. Y será aplastada. Sin piedad. ¿Eres tú el cerebro de la organización, Sarah?

La mujer apretó con fuerza sus carnosos labios. Furiosa. Sus opulentos senos palpitaron en agitado respirar.

—¿Por qué no respondes, Sarah? Puede que no seas tú el jefe supremo, pero sí perteneces a la organización. Fue un error el asesinar a Katherine en tu *bungalow*. La misteriosa desaparición de Lisette me intrigó. Yo no creo en fantasmas. Hoy me he dedicado a inspeccionar el dormitorio. Descubrí la pared falsa tras el armario. Por allí escapó Lisette. Y ello significa que conocía el *bungalow* como la palma de su mano. Tus deseos de ayudarme también me hicieron sospechar. Eras la única en todo Grawsville. Hace ocho años quedaste viuda, Sarah. Aproximadamente el tiempo que lleva «The Spider» de existencia. ¿Fue tu difunto marido el fundador?

El rostro de Sarah adquirió la palidez de la azucena.

—Hablas demasiado, Frank... Creo que Fleischer estaba en lo cierto... Me lo advirtió en su oficina... No debí permitir que salieras de allí... Hubieras cargado igualmente con la muerte de las tres

muchachas. Con pruebas suficientes para que el FBI no investigara.

—Ya era demasiado tarde, Sarah. Margaret Massey, uno de los agentes del FBI, ya estaba tras la pista de Claire Reed. La siguió hasta Grawsville. El diabólico plan hubiera salido mal. Estaba condenado al fracaso. Fue, incluso, contraproducente. El FBI ha descubierto la guarida de «The Spider». El lugar donde teje su nauseabunda telaraña. Tú eres «The Spider».

—Correcto, Frank. Yo soy el jefe supremo de la organización. Muy pocos me conocen.

—Me he informado de que heredaste una fabulosa fortuna de tus padres. ¿Por qué manchar tus manos de sangre? ¿Por qué dirigir un siniestro sindicato del crimen?

Sarah pareció recuperar su perdido aplomo.

Sonrió fríamente a la vez que se encaminaba hacia la mesa escritorio de su despacho.

—Sí..., hace ocho años... Era joven, bonita, rica... y viuda. Stephen Marshall, mi marido, regresó de Vietnam convertido en una piltrafa humana. Ninguna herida visible, pero podrido en su interior. En Vietnam cayó en las redes de la droga. Heroína. No me percaté de la grave situación de Stephen. Creí poder librarle de su vicio. No fue así. Un heroinómano es un condenado a muerte. No fue posible cura alguna ni lenta rehabilitación. Stephen exigía más y más. No era fácil conseguir la heroína. Ni aun pagando elevados precios. Yo, por amor a Stephen, deambulaba por los tugurios de Los Angeles y San Francisco en busca de heroína. Me sumergí en un mundo espeluznante y monstruoso. Llegué a conocerlo bien. A los pocos meses de su regreso de Vietnam, Stephen fallecía por una mortal dosis de heroína y estricnina. Mis felices sueños por un futuro junto a él quedaron rotos.

—Y así nació «The Spider».

—En efecto. Conocía el bajo mundo de los traficantes de drogas. Pero en las altas esferas también existe el vicio. Con varios individuos del hampa empecé a crear la organización. En principio centrada exclusivamente en la droga. Lo que se inició como un juego llegó a entusiasmarme. Mi poder fue aumentando. Juegos ilegales, trata de blancas, chantaje, espionaje, tráfico de armas... El FBI no pudo eclipsar mi poder, pero sí fue cerrando el cerco. Katherine, Sandra y Claire decidieron traicionar a la organización.

Yo sabía que éramos controlados por el FBI. Asesinarlas en Grawsville, sin presentar un culpable, haría caer cientos de *gun-men*

sobre el pueblo. Por eso se planeó involucrar a un *hippie* o a un vulgar vagabundo para acusarle de esas muertes. La fatalidad te puso en nuestro camino, Frank. Posiblemente tú seas el causante de la destrucción de «The Spider».

—No, Sarah. Un imperio de vicio, corrupción y muerte no podía seguir.

—Tal vez. Será un placer morir a tu lado.

—¿Quién habla de morir? Puede que el jurado, aunque con el estómago revuelto por los monstruosos crímenes de «The Spider», sienta compasión por ti. Cadena perpetua, Sarah. En una celda podrás tejer tus telarañas en compañía de las ratas. Sin peligro alguno.

—No me sentaré frente a un tribunal, Frank. Prefiero la muerte. Y no me iré sola al Más Allá.

El movimiento de Sarah fue rápido.

Abrió la tabaquera depositada en la mesa escritorio para extraer velozmente un diminuto revólver de cachas de marfil.

Gifford no se inmutó.

Parecía esperar aquella reacción.

—No cometas más errores, Sarah. El FBI ya habrá desmantelado la Crooker Motor. Ahora acuden hacia aquí.

—¿De veras? ¿Y por qué no te han acompañado? Yo lo sé, Frank. No tenían pruebas contra mí.

—Ahora ya las tienen. Lisette, la bella sirena del lago, estaba con Stanley Crooker. Ambos confesarán. Puede incluso que el *sheriff* Fleischer haya hablado.

—No llegarán a tiempo de salvarte, Frank.

Sarah Fisher, sin dejar de encañonarle, fue hacia la lujosa biblioteca. Pulsó un oculto botón. El pesado mueble se abrió lentamente mostrando una entrada secreta efectuada en la pared.

—Adelante, Frank.

—Oye, Sarah...

—¡Obedece!

Frank Gifford se aproximó a la camuflada puerta. Divisó varios escalones que parecían conducir a un sótano. Pilotos rojos

iluminaban el trayecto.

Inició el descenso seguido de Sarah.

La iluminación se fue haciendo más intensa.

En una amplia sala se alineaban, ordenadamente embaladas, infinidad de cajas de reducido tamaño. Etiquetadas. Dulces típicos de Grawsville.

—La confitura de Grawsville es muy apreciada —sonrió Sarah—. ¿Cuánto calculas que hay aquí, Frank? Yo te lo diré. Millones de dólares en heroína. Tenemos nuestros propios laboratorios.

—¿Quién suministra el opio?

—Nos llega de México. ¿Te gustaría consultar mis libros, querido? Los tengo aquí. Un *dossier* que haría babear al FBI. Todas las delegaciones de «The Spider», sus dirigentes, miembros, policías sobornados, políticos...

Tres hombres acudieron procedentes de una habitación del sótano.

—¿Ocurre algo, Sarah? ¿Quién es ese individuo?

—Tenemos dificultades, Peter —replicó la mujer, aparentando indiferencia—. Unos policías intentarán llegar a la casa. Cerrarles el paso a tiros. Yo me comunicaré por radio con Crooker.

El llamado Peter, un individuo de aguileña nariz y rostro enjuto, intercambió una perpleja mirada con sus dos compañeros.

—¿Policías? ¿Qué policías, Sarah?

—De Los Angeles. ¡No perder el tiempo en preguntas! Tomar las ametralladoras y coserlos a balazos.

—Esos policías son agentes del FBI —dijo Gifford—. Controlan Grawsville y ya han caído sobre la Crooker Motor.

—¿Es cierto eso, Sarah?

Los ojos de la mujer relampaguearon.

—¡Obedecer!

Los tres hombres dudaron. Una fracción de segundo. Conocían el poder y crueldad de «The Spider». Fueron hacia un armario metálico para apoderarse de tres ametralladoras «Browning». Corrieron hacia la escalinata.

A los pocos minutos se escuchó el estridente crepitar de los disparos.

Sarah rió divertida.

—Bien... Ya están ahí... Esperaremos un poco más. Cuantos más

agentes del FBI logren penetrar en la casa, más serán los muertos.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a hacer volar la casa por los aires.

Gifford palideció.

—Estás loca..., no puedes...

—Por supuesto que lo haré. Las distintas delegaciones de «The Spider» seguirán funcionando. Sólo yo conozco a sus principales dirigentes. Ni Arthur Fleischer podrá delatarles. Haré volar la casa destruyendo el *dossier* y documentos comprometedores guardados en mi caja fuerte. Yo moriré, pero la organización se mantendrá en... ¡Quieto!

Gifford había intentado abalanzarse sobre la mujer.

No logró sorprenderla.

Sarah retrocedió de ágil salto.

—Si vuelves a intentarlo apretaré el gatillo, Frank. También lo haré si sacas ese revólver de tu chaqueta.

Sarah abrió una diminuta caja metálica acoplada en la pared. Muy cercana a la, escalera. En su interior varios cables, palancas y pilotos de intermitencias rojizas.

—Lo tenía preparado, Frank... Hace más de un año que hice instalar cargas explosivas por todos los rincones de la casa. En los lugares más estratégicos. Al accionar una de las palancas... todo saltará por los aires. No encontrarán nuestros pedazos, Frank.

—Estás loca...

—Es posible, querido. Ya seguiremos esta conversación en el infierno.

La mano izquierda de Sarah fue hacia la caja metálica. Sin apartar su mirada de Gifford. Tanteó en busca de la mortífera palanca.

Unos precipitados pasos sonaron por la escalera.

Apareció Peter.

Con el rostro desencajado.

—¡Sarah...! ¡Son agentes del FBI...! Ya están dentro de la casa y han liquidado a... ¡Sarah...! ¡No...! ¡No hagas eso...! ¡Volaremos todos!

Peter hizo funcionar la «Browning».

La ráfaga de metralla proyectó a Sarah Fisher contra la pared. Con salvaje violencia. Acribillando su cintura. Partiéndola en dos.

Peter soltó la ametralladora a la vez que alzaba las manos.
Ya era rodeado por varios agentes del FBI.
La bella Margaret Massey se encontraba entre ellos.

EPÍLOGO

El *smog* era irrespirable.

El cambio de semáforo hizo que el ruido sobrepasara con creces los ochenta y cinco decibelios. Se había producido un atasco en la Vermont Avenue. Gritos y maldiciones se entremezclaban con el estridente sonido de los claxon.

La populosa avenida de Los Angeles se había convertido en un verdadero infierno.

Frank Gifford, al volante de su «Corvette», encendió parsimoniosamente un cigarrillo. El tercero en la Vermont Avenue.

Sonrió.

Ajeno a toda aquella histeria colectiva.

Un individuo fue sacado de su «Mercury» con los pies por delante. Un infarto.

Gifford exhaló una bocanada de humo.

Impasible.

Estaba en Los Angeles. Respirando el nauseabundo *smog* y aturdido por el ruido. Rodeado de colmenas de cemento.

Sí.

Estaba en su ambiente.

Poco más tarde estacionaba en el aparcamiento del 1976 de Renzi Street. El elevador le depositó en la planta número veinte.

Pulsó el llamador de uno de los apartamentos.

Margaret acudió a abrirle la puerta.

Con un delicioso mohín de disgusto en su bello rostro.

—Perfecto. Te invito a cenar y te presentas con más de treinta minutos de retraso. Estoy tentada de...

Gifford cortó las protestas de la muchacha besándola en la boca. Le tendió un envoltorio.

—Champán francés, nena. De la mejor cosecha. ¿Qué tenemos de cena?

—Había preparado un delicioso menú, pero ya se ha echado a perder. Tomaremos pollo frío.

Fueron al salón-comedor.

La cena transcurrió en agradable velada.

Fue Gifford quien inició el tema de conversación.

—¿Tienes que marcharte, Margaret?

—Ajá. Un par de semanas en San Francisco. Trabajo más bien rutinario. En Nueva York, en Chicago, Dallas, Miami... Gracias a los documentos encontrados en la casa de Sarah Fisher, todo resulta sencillo. El que se desconozcan entre sí facilita nuestra misión. Estamos aplastando a todas las sucursales de «The Spider» extendidas por el país. Será un trabajo sencillo, pero lento. No hay que espantar la caza. Caerán muchos peces gordos.

—Un par de semanas... ¿Qué haré sin ti, Margaret?

—Esperarme. ¿No es cierto, Frank?

Gifford abarcó la cintura femenina.

La besó en los labios.

—Por supuesto, pequeña. Aprovecharé tu ausencia para poner al día mi trabajo. El editor ya empieza a inquietarse.

—¿Vamos a salir, Frank?

Se miraron a los ojos.

—Hace una fea noche, Margaret. ¿Por qué no seguimos aquí la velada?

La muchacha asintió con seductora sonrisa.

—*Okay*. Prepara un *brandy* mientras voy a ponerme algo cómoda.

Frank Gifford quedó solo en el salón.

Encendió un cigarrillo.

Frunció el ceño.

Pollo frío, champán, «ponerme cómoda»... Rememoró la desaparición de Lisette en el *bungalow* del lago.

Se incorporó del sillón.

Con Margaret no corría ese peligro, pero decidió tomar precauciones.

Y acudió junto a ella.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.

Notas

[1] Superman. < <